
LA ROMERA DE SANTIAGO

Personas que hablan en ella:

- **El rey ORDOÑO:**
- **LINDA, Infanta**
- **BLANCA, dama**
- **XIMENO**
- **LAURO**
- **Doña SOL**
- **ORTUÑO**
- **El conde don LISUARDO**
- **RELOJ, lacayo**
- **El conde GARCI Fernández**
- **FRUELA**
- **RAMIRO**
- **URRACA**
- **BERMUDO**
- **FÁVILA**
- **CRIADOS**
- **MÚSICA**

JORNADA PRIMERA

Salen los que pudieren de acompañamiento, y el conde don LISUARDO, de camino, y ORDOÑO:, rey de León, y doña LINDA, infanta, su hermana, y siéntanse el rey ORDOÑO: y la infanta LINDA

ORDOÑO: ¿Conde?

LISUARDO: ¡Señor!

ORDOÑO: Escuchad.

La memoria de los reyes
hace asegurar las leyes
del temor y la lealtad,
con el premio y el castigo
que son los polos por donde
suelen navegarse, conde,
estos dos mares que digo.

Porque la definición
de la justicia es igual
medida que cada cual
con la pena o galardón
da lo que le toca. Yo
estoy de vos obligado,
y vos no tan bien pagado
como el valor mereció
de vuestra heroica persona,
puesto que para pagallo
es poco con tal vasallo
partir, conde, la corona,
y por ver si corresponde
la paga al valor igual,
quiero hacer un memorial
de vuestros servicios, conde.

Cuando el moro de Navarra,
en ofensa de León
quiso hacer ostentación

de su persona bizarra,
saliendo yo con la mía
del marte alarbe navarro,
al paso, vos tan bizarro
anduvistes aquel día
que nos dimos la batalla,
que cuerpo a cuerpe le distes
muerte y en fuga pusistes
toda la alarbe canalla;
y tanta africana luna
metistes de esta ocasión
arrastrando por León,
que envidié vuestra fortuna
más que la de haber nacido
rey, en fin, porque es mayor
imperio el que da el valor
que el que en la tierra han tenido
los príncipes que nacieron
con la dicha de heredallo;
que a tan valiente vasallo
reyes llegar no pudieron.
Cuando sobre el feudo entró
Garci Fernández, el conde
de Castilla, hasta adonde
el Esla los pies bañó
a sus soberbios caballos,
sobre la puente del río
no mostró el romano brío
de Horacio para estorballos
el paso más valentía
que vos, pues a voces dijo
que erais rayo, que erais hijo
del sol, Castilla, aquel día.
Cuando el moro cordobés
las cien doncellas pidió
que Mauregato le dio,
rey infame, vil leonés,
y le obligó mi respuesta
a que pusiese en campaña
de la morisma de España

cuanta gente al arco apresta,
 adarga embraza y empuña,
 lanza jineta aprestando
 otro berberisco bando
 por la gallega Coruña
 haciendo empeñar el suelo
 y que el África se asombre,
 ¿no levantastes el nombre
 de Ordoño segundo al cielo?

Si estos los servicios son
 del conde don Lisuando,
 y hacerle merced aguardo,
 una Infanta de León,
 legítima hermana mía,
 sola los basta a pagar,
 y hoy la mano os he de dar;
 de más de que merecía
 vuestra sangre este favor,
 que no será la primera
 que honrar vuestra casa espera.

LISUARDO: A tanta merced, señor,
 ni sé responder, ni acierto
 a agradecer con razones;
 bien que en tales ocasiones
 es cordura el desacierto.

Considere vuestra alteza
 lo que propone mejor,
 porque le viene el favor
 muy sobrado a mi nobleza.

ORDOÑO: Yo tengo considerado,
 conde, el favor que os he hecho,
 y es justicia y es derecho,
 razón y razón de estado;
 porque, a granjear los dos,
 conde, venimos así.
 Tanto me conviene a mí
 como os está bien a vos.

Linda, mi hermana, ha de ser
 vuestra esposa, y dad la mano
 a la infanta.

LISUARDO: El soberano
favor me ha de enloquecer.

ORDOÑO: Levántese, Linda, a dar
la mano al conde.

LINDA: Ocasión
es, según sus partes son,
que se pudo granjear
a costa de mis deseos.

LISUARDO: Llegar a tanto en tan poco
me ha de hacer que goce loco
tan soberanos empleos;
traición parece que ha sido
al gusto y a la ventura.

ORDOÑO: Quien pagar, conde, procura
lo mucho que habéis servido,
de esta suerte lo ha de hacer.
Vuestro valor os levanta
a la alteza de una infanta.

LISUARDO: Sólo os puede responder,
Ordoño, en esta ocasión,
para no caer en mengua,
el silencio, que en la lengua
no hay sentimiento en razón
del saber encarecer
tan nunca vistos favores.

ORDOÑO: Si pudieran ser mayores
no los dudara de hacer.
Dé la mano vuestra alteza,
hermana, al conde.

LISUARDO: Dejad
que imagine que es verdad
tanto bien, tanta grandeza
primero, Ordoño valiente,
generoso, heroico y justo,
porque el gusto como el susto
puede matar de repente.
Con mil vidas que perdiera
por vos, con que derramara
de sangre un mar, no bastara
para que comprar pudiera

lo menos del bien que aguardo
tan sin pensarlo.

LINDA: Yo estoy
pagada en saber que soy
del conde don Lisuando.

Ésta es mi mano y con ella
el alma os rindo también.

LISUARDO: Si no es sueño tanto bien,
loco estoy. Linda, más bella
que el sol en belleza y nombre,
a tanto cristal, a tanto
del cielo y de amor espanto,
no hay alma que no se asombre
y mil tener estimara
para ofrecer con la mano
a vuestro pie soberano,
prodigio de la más rara
belleza que ha visto el suelo,
de cuya mano divina
con la mía el alma indina
mide al sol rayo de hielo;
puesto que en empresa igual
más lince Amor, que Dios ciego
hoy trueca flechas de fuego
a cometas de cristal.

Pero, señor, ¿con qué intento
si esta merced me intentastes
hacer, ponerme mandastes
de camino? Un casamiento
tan alto, ¿no requería
galas cortesanas, antes
que cosas que tan distantes
son para tan grande día
como las botas y espuelas?
Perdonad, que enigmas son
tan notable prevención
de caminar, tantas velas
de plumas en mis criados,
tremolando al aire ya,
adonde copiando está

la primavera los prados
 en las galas de colores
 y a quien el sol hace fiesta,
 de cuya hermosa floresta
 son clarines ruseñores,
 y tanto apercebimiento
 como León sale a ver,
 dando, Ordoño, en qué entender
 al sol, al abril y al viento,
 y todo tan diferente
 que obliga a esta admiración.

ORDOÑO: No ha sido sin ocasión;
 escuchadme atentamente.

Desde el día que tomé
 la resolución postrera
 de casaros con la infanta,
 mi hermana, con su belleza
 premiando vuestros servicios,
 quise que las bodas nuestras
 fuesen en un mismo día,
 para juntar ambas fiestas
 y para mostrar el gusto
 que yo tengo, conde, en ellas,
 porque corramos los dos
 en el estado parejas;
 pues para tomarle yo
 fue necesario que hiciera
 primero las de mi hermana,
 que es obligación y endeuda
 con que los varones nacen;
 y aunque Polonia y Bohemia,
 Flandes, Borgoña y Castilla
 me la han pedido, más fuerza
 las obligaciones, conde,
 que os tengo, me han hecho, y éstas
 con la merced de la infanta
 aún no quedan satisfechas.
 Ésta es la causa de haberos
 mandado con la grandeza

que tenéis, conde, aprestada,
 que os pusieseis las espuelas
 para que, luego que a Linda
 la mano dieseis, partiera
 vuestra persona a tratar
 mis bodas a Ingalaterra
 con Margarita, segunda
 hija de Enrico, tan bella,
 que la fama pasó el mar
 hasta León con las nuevas,
 para cuyo efecto agora
 en la Coruña os esperan
 cuatro bajeles, redondos
 escollos que el mar navegan,
 tan valientes y veloces
 caballos en la carrera,
 del campo de las espumas,
 que en pocos días las leguas
 que hay desde allí hasta Plemúa
 medirán, poniendo en ella
 duda al viento si son hijos
 de su propia ligereza.
 En aqueste pliego, conde,
 va la carta de creencia,
 la instrucción y mi retrato.
 Dadme los brazos y sepa
 Ingalaterra por vos
 de la Corona leonesa
 la grandeza y el valor.

LISUARDO: Perdonara a vuestra alteza
 la merced por la pensión
 que viene, Ordoño, con ella.
 Si fuera llevando a Linda
 fuera donde el sol no llega,
 adonde trueca en la Libia
 por átomos las arenas;
 pero no sé con qué vida,
 con qué esperanza sin ella
 podré llegar donde voy.

ORDOÑO: Con el gusto de la vuelta

la ausencia puede sufrirse.

LISUARDO: Como el rigor de la ausencia
 primero se ha de pasar,
 es necesario que sea
 el valor más confiado,
 más valiente la paciencia,
 más sufrida la memoria,
 la esperanza más resuelta;
 mas donde méritos faltan
 justo es que haya en recompensa
 tanto infierno a tanto cielo,
 a tal gloria tanta pena.

ORDOÑO: Esto, es tan forzoso, conde,
 como veis, que porque fuera
 a esta embajada con más
 autoridad y grandeza
 vuestra persona, he querido
 honraros de esta manera,
 dando primero la mano
 a la infanta. De su alteza
 os despedid, y adiós, conde.

Vase el rey ORDOÑO

LISUARDO: No tiene valor ni fuerza
 para tanta empresa el alma.

LINDA: Conde, Dios os guarde y vuelva
 a León con la salud
 que, como es razón, desea
 quien ha de ser vuestra esclava.
 Porque, si es igual la ausencia,
 entre dos que están amando
 del que parte y del que queda,
 partamos los sentimientos
 entre los dos, por que sean,
 partidas y acompañadas,
 conde, menores las penas;
 que yo os aseguro, conde,
 que lleváis a Ingalaterra

un alma que os acompaña,
 tan fina y tan verdadera
 amante, en fe de la mano
 que os di, que podréis con ella
 tener del tiempo al pesar
 penas y gustos a medias.
 Y a Dios que os guarde.

LISUARDO: Esperad,
 dejad que deje en la esfera
 de la nieve de esas manos
 con la boca el alma impresa.

LINDA: En el alma queda, conde,
 donde con firmeza eterna
 ha de vivir; Dios os guarde.

LISUARDO: Haced, Oriente, esas rejas
 para verme partir; nazcan
 vuestros dos soles en ellas
 otra vez, no se me pongan
 tan presto.

LINDA: Conde, quien tenga
 menos causa de querer,
 menos razón de estar ciega,
 atreverse puede a tanto.
 Permitidme, pues es fuerza
 el ausentarnos, que escuche
 el mal, y que no le vea,
 y guárdeos Dios.

Vase la infanta LINDA

LISUARDO: Dios os guarde.
 Loco voy, y no me dejan
 las mismas ansias partir.
 ¡Mal haya, enemiga ausencia
 quien de amor te llama olvido
 siendo pasión que te aumentas
 en la misma privación!

Sale RELOJ, de camino con fieltro

RELOJ: No ha de ser mi norabuena
 la postrera, ¡vive Dios!
 Perdona la palaciega.
 ceremonia el caminante
 traje de fieltro y librea
 que a pisar indignamente
 éntre estas salas; y luengas
 edades goce vusía,
 vueselencia o vuestra alteza
 a la infanta, mi señora,
 que se me ha puesto en la testa
 que ha de heredar a León,
 porque le he visto con muestras
 de impotente al rey notables.

LISUARDO: ¿De qué suerte?

RELOJ: Es cosa cierta.
 Todo lampiño de barba
 y bigotes no procrea,
 porque son en el varón
 señales de fortaleza,
 como en éstos de templanza,
 y si alguna vez engendran
 en sus cluecos desposorios,
 son aves para la iglesia.

LISUARDO: ¿Cómo?

RELOJ: Capón es no más.
 Gente que trae sin vergüenza
 huevos de avestruz por caras,
 que las pestañas y cejas
 les han dado de barato,
 aunque algunos se consuelan
 cuando ven los angelitos
 pintados, pues con ser esta
 gente más honrada que ellos,
 en cinco mil primaveras
 de edad jamás han barbado.

LISUARDO: Siempre estás de una manera.
 ¡Oh lo que envidio tu humor!

RELOJ: También tengo mis tristezas;
 también gozo mis pesares;
 también lloro mis ausencias;
 también hay Juana y Lucía,
 Marina, Aldonza y Quiteria
 de quien despedirse el hombre;
 que llevo de una gallega
 en el alma atravesados
 trece puntos de chinela
 que, a estar en un facistol,
 pudieran cantar por ellas
 un motete, porque anduvo,
 según la apariencia enseña,
 con esta nación de pies
 pródiga naturaleza;
 y no tres puntos, seis puntos...
 ¡Jesús! En unas talegas
 traigo los pies, y son vainas
 donde el juanete profesa
 tan gran clausura, que obliga
 con las meninas tijeras
 a la cuchillada en cruz,
 y dice abajo una letra,
 "Aquí mataron a un callo,
 rueguen a doña Teresa
 que se calce un punto más,
 porque de esta suerte tenga
 su apretado pie en descanso
 de cordobán y de suela."

LISUARDO: Reírme has hecho sin gana
 de tus disparates.

RELOJ: Pecas
 mortalmente contra Amor
 y no has de hallar quien te absuelva.
 ¿Sin gana? ¡Qué grosería!
 ¡Qué ingrata correspondencia!
 ¡Qué poca fineza! ¿Cómo
 te puede sufrir la tierra?
 ¡Jesús, Jesús, qué notable
 delito! Dios te convierta,

despojado Jeremías,
 amante de la ley vieja,
 Heráclito de los Condes.

LISUARDO: ¡Ah borracho!

RELOJ: ¿Quién lo niega?

LISUARDO: Adiós, Linda; adiós, hermoso
 cielo de amor, pues es fuerza
 dejaros, que hasta volver
 el alma en rehenes queda,
 y adiós, que parto sin alma.

Vase LISUARDO

RELOJ: ¿Sin alma? ¡Qué borrachera!

Dóysela de dos la una
 a cualquier difunto. ¡Oh bestias
 de Amor! ¡Oh locos amantes,
 qué presto que el alma dejan,
 y como quien no hace nada
 se van por su pie sin ella
 trecientas leguas! Bien haya
 un lacayo, que si llega
 a despedirse de Elvira,
 de Catalina o de Menga,
 no trata de almas ni trata
 de más que de dar la vuelta
 con alma y cuerpo y tomar
 lo que le dan por fineza,
 si son cuellos o camisas
 y sin lágrimas ni quejas,
 suspiros ni otras embrollas,
 se despide a media rienda
 con un abrazo en aspón
 y un beso de castañeta;
 y sin hacer más misterios
 el se va y ella se queda.
 Yo le sigo. ¡Ah, pobre conde!
 ¡Cuál baja las escaleras
 de palacio! No me espanto

de que la causa merezca
 este enamorado aplauso,
 que Linda, la infanta, es bella,
 y es infanta de León.

Arriba en una ventana LINDA y BLANCA

BLANCA: Del conde es esta librea.

LINDA: Llámale, por vida tuya,
 Blanca.

RELOJ: Adiós, paredes llenas
 de nidos de golondrinas,
 mondongas y urracas dueñas.
 Adiós, patios de palacio
 donde tantas y tan necias
 pretensiones paseadas
 hacen señal en las piedras.

BLANCA: ¡Hola! ¡Ah, lacayo del conde!

RELOJ: ¡Qué soberana belleza
 en tiple me está oleando!
 ¿Quién sin ser cura me olea?

LINDA: ¿Partióse ya el conde?

BLANCA: Mira
 que te está hablando su alteza.

RELOJ: Ya lo miro con dos ojos
 y con treinta reverencias.

LINDA: ¿Partióse el conde?

RELOJ: Según
 su sentimiento y su flema
 pienso que no.

LINDA: ¿No eres tú
 su criado?

RELOJ: Y de su alteza
 muy servidor, porque soy,
 hablando con reverencia,
 a quien tiene el conde muchas
 obligaciones y deudas,
 de hacer merced por servicios,
 que de persona y de lengua

le he hecho veinte años ha.

LINDA: Privarás con él, que muestras
desenfado cortesano.

RELOJ: Tengo muchas excelencias.

LINDA: ¿Cómo te llamas?

RELOJ: Reloj.

LINDA: ¡Notable nombre!

RELOJ: A mi abuela
le debo, después de Dios,
porque fui desde la teta
al reloj tan semejante,
que no hay cosa que convenga
tanto conmigo en tener
puntualidad en la eterna
vigilia de no dormir,
porque tengo la cabeza
con notable sequedad;
y no se halla quien duerma
menos que el reloj, pues nunca
como frenético deja
de dar en su tema a voces,
como yo doy en mi tema,
en estar midiendo siempre
el tiempo en aguar las fiestas,
diciendo, "Las doce son,
las dos darán las primeras,
mañana es viernes, señores."
Y ya que en dar no parezca
reloj, en pedir lo soy;
sólo doy en las tabernas,
que son mis parroquias, donde
tragos por horas me cuestan
por cuartos y por cuartillos.

LINDA: Pues haz, Reloj, que no sean
del tiempo a pesar las horas
tan largas en esta ausencia;
apresura al sol los pasos,
los siglos al tiempo abrevia
y te deberá la vida,
aunque es tan a costa de ella.

*Salen GARCÍ Fernández y XIMENO,
criado*

XIMENO: A gran cosa te aventuras
si el mismo día que llegas
enamorado a León
en demanda de esta empresa
al conde don Lisuardo
da el Rey a Linda, pues quedan
capitulados y dadas
las manos, premisas ciertas
de que su esposo ha de ser,
luego que de Ingalaterra
vuelva el conde.

GARCÍ: Nunca amor
de lo más fácil se precia.
Garcí Fernández, el conde
de Castilla soy, y heredan
más altas obligaciones
mi valor y mi nobleza.
Y aunque me niegue su hermana
por nuestras pasadas guerras
y diferencias, Ordoño,
pretendo ser dueño de ella,
o en la empresa he de morir.

RELOJ: Dadme, señora, licencia,
porque el conde, mi señor,
a estas horas galopea
fuera de León, por dar
más presto a veros la vuelta,
y soy de la infantería
y he de caminar por fuerza
delante de su caballo
o al lado de su litera.

LINDA: Dile al conde...

GARCÍ: Damas hay,
don Ximén, en estas rejas
que caen a los corredores.

RELOJ: Guarde Dios a vuestra alteza.

GARCI: La infanta es, y éste sin duda
 que despidiéndose de ella
 está, es lacayo del Conde.

LINDA: Dios te guarde.

RELOJ: Adiós.

LINDA: Espera,
 y esta banda que te arroja
 Blanca, al conde, Reloj, lleva
 para que al cuello en mi nombre
 le acompañe en esta ausencia,
 a quien le da mi esperanza
 la color y mi firmeza
 el oro, y vuélvale el cielo
 con la salud que desean
 mis ojos verle en León.

Da la banda a BLANCA y vase

GARCI: Ximén, si no pareciera
 locura de amor, matara
 al lacayo.

BLANCA: Reloj, ésta
 es la banda; adiós...

Echa la banda y vase

RELOJ: Adiós.

*Llega GARCI Fernández y cógela al
 vuelo*

GARCI: Aparta, villano, y deja
 trofeos de quien tus manos
 son tan indignas, y cuenta
 a tu dueño cómo un hombre
 de más valor, de más prendas,

enamorado y celoso,
 con esta banda se queda;
 que me la pida del modo
 que quisiere cuando vuelva
 de Ingalaterra, que yo
 le aguardo en León, si fuera
 un Hércules, un Aquiles,
 que no es razón que merezca
 favores tan soberanos
 menos que quien dueño sea
 del mundo, como Alejandro,
 para hacer a Linda reina
 del mundo, o Garci Fernández,
 conde de Castilla, esfera
 donde esta banda ha de ser,
 a pesar de la tormenta
 de mis celos, arco hermoso
 de la paz que amor desea
 Vamos, Ximén.

RELOJ: ¡Vive Dios!

GARCI: ¿Qué dices?

RELOJ: ¿Yo? que me tengas
por tu amigo.

GARCI: Vete, pues.

RELOJ: Ya me voy; pero...

GARCI: ¿Qué esperas?

RELOJ: Nada, por cierto; mas mira,
 si es posible con más flema,
 que es de la infanta esa banda
 y que no hay burlar con ella
 ni con el conde, mi amo,
 a quien se dirige, y fuera
 razón tener cortesía;
 y cuando no se la tengan
 ausente, soy hombre yo
 que la banda de su alteza
 con tanta superchería
 tiranizada por fuerza,
 y en este lugar, sabré...

GARCI: ¿Qué sabrás?

RELOJ: Irme sin ella.

Vase RELOJ

GARCI: Loco con la banda voy.

XIMENO: ¡Notables cosas intentas!

GARCI: Para los pechos tan grandes
se hicieron grandes empresas.

Vanse. Sale LINDA

LINDA: Cansada ausencia, dolor
en el alma tan asido,
parece que habéis nacido
de un parto con el Amor.
Vuestro enemigo rigor
a un mismo tiempo sentí
que del amor conocí
el movimiento primero,
tanto que de ausencia muero
desde que al amor nací.
Cuando yo no conocía
qué era amor, imaginaba
que quien a querer llegaba
de ningún pesar sabía;
mas agora cada día
los daños de la apariencia
desengañan la paciencia,
que hallando a su mal testigos
va descubriendo enemigos
en el campo de la ausencia.
Pensaba yo que el mayor
era la ausencia no más;
y vanme enseñando más,
las espías de mi amor,
porque celoso temor,
las sospechas y el olvido
acometen al sentido,

monstruos.de tanto poder
que se dan a conocer
primero que hayan nacido.

Sale BLANCA

BLANCA: Señora.

LINDA: Blanca.

BLANCA: Tu hermano
manda avisarte primero
porque cierto caballero,
embajador castellano,
quiere besarte la mano,
y él excusa darle audiencia
con esto, que en tu prudencia
libra el desengaño.

LINDA: Ya
entiendo al rey. ¿Dónde está?

BLANCA: Aquí, aguardando licencia.

LINDA: Dile que entre, que su intento
justamente de mí fía.
Notablemente porfía
Castilla en mi casamiento;
en pie recibirle intento,
por que no quiero obligarme,
que se siente con sentarme.

*Sale GARCI Fernández con la banda
puesta*

BLANCA: Llegad, que su alteza espera.

GARCI: ¡Qué hermosamente severa
el audiencia aguarda a darme!
¡No he visto mayor valor
con tan divina belleza!
Deme los pies vuestra alteza.

LINDA: Levantaos, Embajador.

GARCI: Como otra deidad de amor

suspende, turba y admira
a quien su hermosura mira.

LINDA: (O es deseo o ilusión, Aparte
o hace la imaginación
casi verdad la mentira,
o ésta es la banda que di
para el conde.) Blanca, escucha.

GARCI: Mucha es su cordura, y mucha
su beldad; no estoy en mi.

LINDA: ¿No es ésta mi banda?

BLANCA: Sí,
señora, o tan semejante,
que es a engañaros bastante.

LINDA: La semejanza me está
quitando el sentido.

GARCI: (Ya, Aparte
para poder ser amante
más dichoso y confiado,
en sus divinos despojos
la infanta ha puesto los ojos
con particular cuidado;
siempre la Fortuna ha dado
victoria al que es atrevido.)

LINDA: (Perdiendo estoy el sentido. Aparte
¡Qué notable confusión!)

GARCI: De tan justa suspensión
como viéndoos he tenido,
puedo valerme, señora,
para salvar el cuidado
de no haberos preguntado,
lo que es tan justo, hasta agora.
¿Cómo estáis?

LINDA: Como quien llora
la ausencia del conde...

GARCI: (¡Ay, cielos! Aparte
Cuanto escucho y miro es celos.)

LINDA: ...que en bienes tan deseados
es centro de mis cuidados
y blanco de mis desvelos.

GARCI: El de Castilla pudiera,

señora, formar de vos
 quejas, pues siendo los dos
 de un nacimiento y esfera,
 permitís que los prefiera
 de vuestro hermano un vasallo.

LINDA: Ya en él tantas partes hallo,
 después que le he dado el sí
 y que la mano le di
 de esposa, que aun igualallo
 quien goza la monarquía
 del imperio no podrá;
 y desengañarse ya
 el de Castilla podría
 sabiendo que no soy mía,
 y que a sus cartas molestas
 tan diferentes respuestas
 tiene de Ordoño, mi hermano.

GARCI: Ama como castellano.

LINDA: Son necias finezas éstas
 cuando me ve en esperanzas
 de otro dueño.

GARCI: No es razón
 que hasta estar en posesión
 que tenga desconfianza;
 y hasta agora prenda alcanza
 de esas manos, que a su amor
 da esperanzas el calor
 con que a dar celos se atreve
 al sol, aunque no le lleve
 otro bien su embajador;
 que está dando afrenta al día
 de tus soles que hurtó al viento;
 perdona el atrevimiento
 y sus colores confía,
 que una amorosa osadía
 méritos gana.

LINDA: Es verdad,
 cuando está la voluntad
 de cobarde recatada;
 mas prenda sin gusto hurtada

tiene poca calidad;
 porque tan necia osadía,
 y a persona como yo,
 si en delito no incurrió
 no escapa de grosería;
 y no es bien que prenda mía
 nadie goce a mi pesar,
 que no quiero averiguar
 de la manera que ha sido,
 sino dejarte corrido
 con llegártela a quitar.

Arráncasela del cuello

De mi firma y de mi mano
 esta respuesta y no más
 a tu dueño llevarás,
 embajador castellano;
 y por vida de mi hermano
 y del conde, si en razón
 de esto has hecho relación
 de mi autoridad ajena,
 que te cuelguen de una almena,
 la más alta de León.

Vase

GARCI: Esquivos arrojamientos,
 varoniles bizarrías
 contra obstinadas porfías
 de imposibles escarmientos;
 que cuando los pensamientos
 ciegos con su error se casan,
 más los límites traspasan
 del fin en que se desvelan
 con desengaños que hielan
 y con desdenes que abrasan.

*Vase. Salen el conde don LISUARDO y FRUELA, LAURO,
RAMIRO y RELOJ, criados*

LISUARDO: Ya me parece que es hora
de caminar, que los rayos
del sol, licencia a las sombras
por el ocaso van dando;
que basta lo que hemos sido,
mientras su fuerza ha durado,
huéspedes de estos laureles
y de estos cristales claros.

RELOJ: El marqués de Mantua fuiste,
hoy con todos tus criados.

LISUARDO: ¿Cómo, Reloj?

RELOJ: Porque a todos,
dando a la merienda aplauso,
alrededor de una fuente
mandaste sentar.

LISUARDO: El campo
nos brindó.

RELOJ: ¿Qué te parecen
los de Galicia?

LISUARDO: Retratos
de los jardines Hibleos.

LAURO. Los Elíseos los llamaron
muchos antiguos.

LISUARDO: Tuvieron
razón, que pienso que el mayo
de estos campos, de estas cumbres,
es eterno ciudadano,
y que pueden a cristales
hechos en peñas pedazos,
apostar el Sil y el Miño
con Guadalquivir y el Tajo,
cuyas fértiles riberas,
para hacer por abril palio
al sol, parece que están
flores a estrellas copiando.
Plata y verde es la librea
que dan los montes bizarros,
siendo por faldas y cumbres

los arroyos pasamanos,
 bendiciendo con las lenguas
 que primero murmuraron,
 al zafiro de los cielos,
 la esmeralda de los prados,
 que a no gozarlos tan triste
 de ausente y enamorado,
 fuera pasar por el cielo.

RELOJ: Alabando estás de espacio
 los arroyos y los ríos,
 cuando nos está brindando
 Ribadavia, a quien venera
 santa nación, por el santo
 licor, que sobre un magosto
 de castañas, hace raros
 milagros. Perdonen todos
 cuantos hay, tristes y blancos,
 que éste es el rey de los vinos,
 o el monarca.

LAURO: Eso está claro.

LISUARDO: Fértil tierra.

RELOJ: De esa suerte
 bien puede un lacayo honrado
 decir que es gallego agora.

LISUARDO: ¿Por qué no, si estos peñascos
 a Castilla y a León
 tan honrada sangre han dado,
 que para gloria del mundo
 basta el blasón de los Castros,
 en Galicia tan antiguo?

RELOJ: Y los Relojes, ¿es barro
 desde que se usaron horas?
 Gente que siempre está dando,
 a imitación de los condes
 y marqueses.

LISUARDO: Reloj, paso,
 no te desconciertes.

FRUELA: Siempre,
 cuando está desconcertado
 el reloj, suelen decir,

"el reloj está borracho."

RELOJ: No quitando lo presente,
señor escudero, hablando
con reverencia.

LISUARDO: En efecto,
¿el camino de Santiago
es éste?

RAMIRO: Y en toda Europa
no hay camino más cosario,
aunque entre el de Roma y entre
el del Sepulcro sagrado
de Jerusalén.

LAURO: No tiene
el mundo provincia en cuanto
el bautismo se predica
que a este antiguo santuario,
de nuestro patrón no envíe
peregrinos, ni apartado
mar, adonde el pasajero
y el piloto del naufragio
en la pared de su templo
no cuelgue tabla o milagro,
ni en las mazmorras de Fez
o Argel, cautivo cristiano
que no traiga la cadena
de su libertad, pagando
las gracias en esto al cielo
y al Patrón de España.

FRUELA: Es tanto,
que al camino que en el cielo
por causa de estar cuajado
de estrellas llamó el gentil
camino de leche, han dado
en llamarle vulgarmente
el camino de Santiago.

RELOJ: Y es de suerte, que viniendo
cierto labrador cansado
del campo a su casa humilde
una noche de verano,
queriendo hacerle su esposa

lisonja, en medio de un patio
 le puso la cama al fresco;
 mas él, los ojos alzando
 al cielo y mirando encima
 el camino de Santiago,
 dio voces a su mujer,
 y dijo, "¿No habéis mirado
 dónde la cama habéis hecho?
 ¿Queréis que se caiga acaso
 un bordón de un peregrino
 de los que van caminando,
 frasco lleno o calabaza,
 y que me quiebre los cascos?"
 Y creyéndolo los dos,
 a un aposento, temblando,
 con más miedo que vergüenza,
 los colchones retiraron.

LISUARDO: El cuento me ha dado sed.

RELOJ: ¿Y risa no? ¡Caso extraño!

LISUARDO: Basta la que aquella fuente
 entre cristalinos labios
 muestra, brindando a beberla.

LAURO: ¿Quieres agua?

LISUARDO: Tráela, Lauro,
 en un cristal que compita
 con el hermoso y helado
 de esa fuente.

Va por ella

RELOJ: ¡Infame antojo!
 En mi vida me brindaron
 para beber fuentecicas
 ni arroyuelos despeñados
 por traidores contra el vino.
 Siempre entre dientes hablando,
 y si por desdicha enferma
 de tercianas un cristiano,
 no hay fuente que le socorra,

con andar por esos campos,
sin tener que hacer baldías,
y no puede ser aguado
sino un rocío.

Sale LAURO con un vidrio de agua

LAURO: Aquí está
 el agua.
LISUARDO: Muéstrala, Lauro,
 y partamos.

*Salen doña SOL y URRACA de
peregrinas*

SOL: ¿Señor conde?...

LISUARDO: ¡Notable belleza!

SOL: Darnos
 limosna a estas dos romeras
 que vienen de Santiago.

LISUARDO: Del mismo cielo parece
 que las dos habéis bajado.
 Merced me haced de correr
 a los rostros soberanos
 de los volantes dichosos
 las cortinas.

SOL: No llegamos
 haciendo esta ostentación;
 si sois servido de darnos
 limosna, hacednos merced,
 y si no, el apóstol santo
 en esta jornada os guíe.

LISUARDO: ¡Esperad, esperad!

SOL: Vamos
 con diferentes intentos.

LISUARDO: No es cortés término darnos
 con las espaldas tan presto,
 ni novedad suplicaros

que los volantes quitéis.

SOL: A quien es tan cortesano,
tan caballero y señor,
no será razón negarlo,
por no parecer nosotras
descorteses también.

Descúbrense

LISUARDO: ¡Raro
y más que admirable extremo
de hermosura! No me acabo
de persuadir que es verdad
tan peregrino milagro
de honestidad y belleza.

SOL: Bebed, señor, y mandadnos
dar limosna.

LISUARDO: ¿Cómo pide
limosna quien está dando
pródiga, al mundo hermosura,
rica, al sol rayos dorados,
poderosa, al cielo envidia,
divina, al tiempo milagros?
Quien ha menester pedirnos,
romera, ¿cómo ha de daros,
ni qué ha menester pedir
quien almas viene robando?

SOL: Yo soy, conde, una mujer
de Castilla, noble tanto
como su conde. Hice voto
de visitar el sagrado
sepulcro de nuestro apóstol;
de esta suerte caminando
a pie y pidiendo limosna,
aunque traigo mis criados
detrás con una litera
para los forzosos pasos
del camino, vuelvo agora
después de haber visitado

su sepulcro y su patrón,
 a Castilla, publicando
 mi devoción en las conchas,
 veneras y santiagos
 de azabache y de marfil,
 que; como es costumbre, traigo
 en sombrero y esclavina;
 y quien sois, sabiendo acaso
 de los vuestros, a pedir
 las dos limosnas llegamos.
 Ved si nos la habéis de dar,
 o guárdeos Dios.

LISUARDO: Alejandro
 quedara corto, señora,
 en esta ocasión. No hallo
 para servirlos, si no es
 esta cadena que alabo
 los diamantes, cuando estén
 en vuestras hermosas manos,
 por los mejores que ha visto
 Ceylán.

SOL: Nosotras no vamos
 sino es pidiendo limosna
 por el voto de que os hago,
 señor conde, relación,
 y los diamantes dejadlos
 para quien tan bien los luce,
 que allá en Castilla no estamos
 las mujeres como yo
 tan faltas de ellos, que traigo
 algunos con que poder
 servirlos y regalaros,
 que pueden desafiarse
 con más de una estrella a rayos.
 Y el cielo os guarde con esto,
 que me parece que estamos
 los dos mal de esta manera;
 vos, el tiempo dilatando
 de caminar; yo, con vos
 pasando ya del recato

los límites que me debo,
 y que por quien soy me guardo,
 y es razón no detenerme,
 ni entreteneros hablando,
 caminaréis más aprisa
 y beberéis más despacio.

LISUARDO: Detente, que, vive Dios,
 que es rigor demasiado
 partirte de esa manera.

SOL: Pues ¿qué quieres?

LISUARDO: ¿Qué más claro
 te pueden hablar mis ojos
 de lo que te están hablando?

RELOJ: Y vos, dulce motilona,
 de este hermoso castellano
 serafín, no os vais; mirad
 que hay también quien os ha dado
 más corazón que a Belerma.

URRACA: ¿Y es Durandarte el lacayo?

RELOJ: ¡Qué presto me conociste!

URRACA: No basta el fieltro por ramo
 a el vinagre que vendéis?

RELOJ: Romera de los diablos,
 poco a poco, que, por Dios,
 que somos de un mismo paño,
 y que te haré una manera,
 sin saber cómo ni cuándo,
 en el alma.

URRACA: ¿De qué suerte?

RELOJ: Con un beso y dos abrazos.

URRACA: Yo lo doy por recibido;
 pero sepa que me llamo
 Urraca y soy de Castilla,
 y conmigo, señor ganso,
 no hay zorroclocos.

RELOJ: Vertiendo
 estás por ojos y labios
 seis mil ducados de renta.

URRACA: ¡Encarecimiento extraño!

RELOJ: ¿Pues hay más que encarecer

que con dinero sepamos?
 ¿Hay mayor donaire? ¿Hay cosa
 de más hermosura?

SOL: Tanto
 os hacéis desentendido
 de lo que soy, que me canso
 de estar cansada con vos
 de advertiros y escucharos;
 hacedme merced de hacer
 como quien sois, y dejarnos
 proseguir nuestro camino,
 sin que nos impida el paso
 poco decoro a la sangre
 que tengo, al antiguo y claro
 blasón de algún apellido
 que honra a España y que heredaron
 estos nobles pensamientos
 que veis, y que están brotando
 valor y honor por los ojos,
 por las palabras, por cuantos
 átomos de sangre tengo
 de ser mujer; que esto al alto
 y al humilde suele siempre
 obligar, y al más bizarro.
 Sabed ser galán cortés,
 no grosero cortesano.

LISUARDO: Dejadme besar la nieve
 de una mano.

SOL: De mi mano
 esperad, conde, más castas
 hazañas, y reportaos;
 no pasen las groserías
 a poder llamarse agravios,
 que--¡vive Dios!--que mujer
 como soy, sepa dejaros
 con desengaños de libre,
 con presunciones de ingrato,
 con escarmiento de necio
 y castigos de villano.
 Vamos, Urraca.

Vanse doña SOL y URRACA

RELOJ: ¡Y por Dios
 que ella no es mal papagayo!

LISUARDO: ¡Mujer peregrina en todo!

LAURO: ¿Has de beber?

LISUARDO: No, me abraso;
 para tan poco remedio,
 reparte a esas flores, Lauro,
 ese cristal para perlas,
 y caminemos, que parto
 sin mí, dejando los ojos
 en ese prodigio helado
 de Amor, en ese desdén
 peregrino, en ese mármol
 imposible.

RELOJ: ¿Y Linda?

LISUARDO: Linda,
 de mi amoroso cuidado
 ha de ser eterno dueño;
 y es en semejantes casos
 mujer propia, diferente
 de la que ciego idolatro
 por invencible y ajena,

RELOJ: ¿Apenas estás casado,
 cuando al primer trascartón
 quieres dar matrimoñazo?

LISUARDO: Déjame, necio.

RELOJ: Confieso
 que es verdad, que no te hablo
 al gusto, que eres señor
 al fin, y yo un mentecato.
 Digo, que la peregrina
 es querubín soberano,
 y que puede con los ojos
 matar a Poncio Pilato;
 y el contrapeso me deja
 perdido por sus pedazos,

y que pretendo ser tordo
de tan dulce Urraca.

LISUARDO: Vamos,
y pase la gente toda
delante, y sólo un lacayo,
que es Reloj, quede conmigo,
y cuatro o cinco criados,
que quiero ir un poco a solas.

RELOJ: ¡Oh, mental enamorado!

LISUARDO: Loco por tus ojos voy
romera de Santiago.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

*Salen doña SOL y URRACA solas, de la misma
suerte que primero*

URRACA: Notablemente sentiste
que te pidiese favores
el conde.

SOL: Urraca, no ignores
que esto hasta aquí me trae triste.
¡Que un señor, un caballero
que más cortés debe ser
con una honesta mujer
anduviese tan grosero!
¿Diéronle acaso mis ojos,
Urraca, alguna ocasión?

URRACA: Cuando tan livianos son
animan a los antojos;
culpa a tu misma hermosura
de su atrevimiento.

SOL: Calla,
que estas son disculpas que halla
la necesidad. ¿Por ventura
estoy obligada a ser
fea para no perderme
el respeto; sin valerme
el que debe a una mujer
cualquier hombre principal,
que es lo que se debe a sí?

URRACA: Tienes razón; pero di,
¿cómo te parecen mal
todos los hombres?

SOL: Urraca,

nací con esa aspereza.

URRACA: Siempre fue de la belleza
la ingratitud sombra.

SOL: Saca
de ese número la mía,
y llámala inclinación
honesta, sin la ambición
de la hermosa hipocresía;
que se precia, de ordinario,
de hacer arte del desdén.

URRACA: Pues que te parezca bien
algún hombre es necesario;
siendo mujer y naciendo
de los hombres.

SOL: Necia estás;
no hace diferencia más
un hombre presente viendo
que de un árbol, una fuente,
un edificio, un retrato.

URRACA: Corazón tienes ingrato,
pues no hay hombre que te aumente
un poco más el deseo
que lo que está inanimado.
Sin duda que se te ha helado
el apetito; no creo
que para mujer naciste.

SOL: Esto a quien soy corresponde.

URRACA: ¿Es posible que en el conde
algunas partes no viste
que te pareciesen bien?

SOL: ¿Quién, dime, por vida mía,
te paga la tercería?
¿Quién te encargó mi desdén?
Pues ¿cuándo sueles conmigo
tener este atrevimiento?

URRACA: De tu mismo sentimiento
son hijos los que te digo.

SOL: ¡Qué bien parece criada,
pues una apenas se ve
en el mundo que no esté

para tercera pagada!
 ¡Oh, enemigos no excusados
 de los dueños que ofendéis!
 Murmuráis y malqueréis
 regalados y pagados.
 ¡Qué de cosas se excusaran
 si excusaros se pudiera!

URRACA: ¿Mandaste que la litera
 y los criados pasaran
 adelante?

SOL: Urraca, si;
 porque quiero caminar
 hasta este primer lugar
 a pie:

URRACA: Deberánte así,
 más que a abril, flores los prados.

SOL: Y yo a ti lo que callares,
 que no son pocos pesares
 sufrirte algunos enfados,
 de mi condición ajenos
 y nuevos en mí hasta agora.

URRACA: Perdón te pido, señora,
 y estos campos por lo menos
 enamoren tu hermosura.

SOL: La suya a la vida avisa
 en el marchitarse aprisa.
 Ya parece que procura
 el sol entrarse en el mar;
 un poco más caminemos,
 Urraca, porque lleguemos
 con luz alguna al lugar.

*Salen el conde don LISUARDO y todos sus criados
 embozados, con bandas por las caras y las espadas desnudas*

LISUARDO: ¡Teneos!

URRACA: ¿Qué es esto, cielos?
 ¡Perdidas somos!

SOL: Urraca,

no te aflijas, no te turbes;
que estas desnudas espadas
no quieren sangre.

URRACA: ¡Ay, señora!
¿Qué quieren?

SOL: Oro y plata;
que éstos son algunos hombres
de obligaciones, que pasan
necesidad y procuran
de esta suerte remediarla
saliéndose a los caminos.
Deja que los hable.

URRACA: Acaba,
y sepamos lo que intentan
de esta suerte.

SOL: Camaradas,
contra dos mujeres solas
menos que una espada basta.
Retiradlas, que si vuestra
determinación lo causa
necesidad de dineros,
y dos mujeres honradas,
que en este traje caminan,
os parece qué esa falta
pueden suplir, reportaos,
y sin armas ni amenazas
cortésmente os serviremos.

Descúbrese LISUARDO

LISUARDO: Romera hermosa y gallarda:
sólo tu belleza busco.

URRACA: ¡Hablara para mañana!

SOL: ¿Quién sois?

URRACA: ¿Al conde, señora,
no conoces?

SOL: No son trazas
éstas de hombres como el conde,
y así en quien era dudaba.

LISUARDO: Amor me obliga, romera,
y tu desdén, que con tanta
violencia a buscarte vuelva.
Procura menos ingrata
corresponderme, que estoy
perdido.

SOL: Conde, repara
en quien soy, y juntamente
que en hacerme ofensa agravias
lo más noble de Castilla;
que soy doña Sol de Lara,
condesa de Lara e hija
de don Manrique, a quien llama
España el nunca vencido;
que puesto que muerto falta
a mi honor, de él heredé
sangre tan noble, que basta
contra las locas porfías.

LISUARDO: Pues yo te doy, Sol, palabra
de marido.

SOL: Y el primero
que ha hecho cuando se casa
estelionato eres tú.

LISUARDO: ¿De qué suerte?

SOL: Si a la infanta
de León la has dado, conde,
¿cómo a un mismo tiempo tratas
otro casamiento? Advierte
que vienes ciego y que pasas
los límites de quien eres,
y prosigue tu jornada,
que no es razón

LISUARDO: No hay razón
en amor.

SOL: Ya se adelanta
eso a locura.

LISUARDO: Tú misma
me disculpas.

SOL: Y tú infamas
tu valor.

LISUARDO: Ya no hay valor.

SOL: Tendréle yo.

LISUARDO: No habrá humana
resistencia al amor mío.

SOL: ¿A un ciego apetito llamas
amor?

LISUARDO: Amor o apetito,
yo he de gozarte.

SOL: Ya manchas
con las palabras mi honor.

LISUARDO: No han de ser solas palabras.

SOL: Pues serán, conde, las obras
imposibles. Lo que el alma
rigiese esta sangre noble,
animare estas entrañas,
alentare este animoso
corazón, esta bizarra
presunción tuviese en pie,
o dejaré de ser Lara,
antes de mis padres hija,
doña Sol y castellana.

LISUARDO: Mi bien, mi gloria, mi dueño;
mujer sois, amor me abrasa;
vuestro soy, no me matéis
con tanto desdén, con tanta
ingratitude y aspereza,
que no hay ninguna inhumana
fiera que no quiera bien
su semejante. Las plantas,
las peñas, fuentes y ríos
con ser insensibles, aman.
Aquel ruiseñor escucha,
y verás que cuando canta
amorosas quejas son.
Mira allí cómo se abrazan
con los sauces y los olmos
las hiedras enamoradas.
Hasta aquel peñasco está
enamorando las aguas
de aquel cristal fugitivo.

SOL: Mira entre esas semejanzas
de amor, si nadie por fuerza
lo que le niegan alcanza.
Amor es correspondencia
entre dos iguales almas,
que la costumbre la engendra
y alimenta la esperanza.
Las principales mujeres
de la estimación se pagan,
y ésta es hija de los días
con el tiempo acreditadas;
que accidentes repetidos
de amor, finezas bastardas
cuando más arden, se hielan,
cuando comienzan, acaban;
que como del apetito
más que del amor cansadas,
corten por la posesión
y sobre el olvido paran.
Lo que no cuesta deseos
no lo estima el gusto en nada,
que a las fáciles empresas
siempre sigue la mudanza.
Da tiempo al tiempo, enamora,
con estimación regala,
sirve, ruega, desconfía,
escribe, recela, aguarda
y no atropelles por fuerza
prendas de tanta importancia,
pues no vienen a ser gustos
los del cuerpo sin el alma.

LISUARDO: De espacio estás, doña Sol;
y mis amorosas ansias
más presurosas caminan.

SOL: No sé si hallarán posada.

LISUARDO: Lleva mi amor privilegio.

SOL: Nunca recibe esta casa
huéspedes de esa manera,
porque tiene salvaguarda
del honor y del valor.

Tu ciego amor desengaña,
 que no ha de pasar apenas
 los umbrales. Conde, aparta;
 que el bordón de una romera
 con obligaciones tantas,
 basta y sobra contra todas
 las viles armas villanas
 de un descortés caballero.
 Haz lo que yo hiciere, Urraca,
 o mataréte también.

URRACA: Haz cuenta qué te acompaña
 una amazona.

RELOJ: Urraquilla,
 aceituna sevillana,
 si a Reloj no hay *rindibú*
 te he de hacer a cuchilladas.

URRACA: De montante he de jugar;
 lacayo: guardad la cara,
 que he de echaros las narices
 dos leguas de las quijadas.

LISUARDO: Sol, aunque más rayos eches,
 tu defensa ha de ser vana,
 que eres Sol, y al paso mismo
 que te defiendes, abrasas.

SOL: Por eso, villano conde,
 te sabré quemar las alas.

LISUARDO: Ríndete, Sol, a mi amor;
 pues al amor veces tantas
 se ha rendido el sol del cielo.

*Éntranse acuchillando a doña SOL, y
 dicen dentro*

SOL: ¡Ay, que me has muerto!

LISUARDO: ¡Mal haya
 mi espada y mi ingratitud!
 Tened, tened las espadas.

LAURO: Sobre la hierba ha caído,
 volviendo en coral la grama.

LISUARDO: Perderé también la vida
si a Sol la vida le falta.

Salen la infanta LINDA y BLANCA

BLANCA: ¿Cartas del Conde, señora?

LINDA: Sí, Blanca, del conde son,
cuyas letras con razón
el alma besa y adora.

BLANCA: Desde el camino te escribe;
finezas de desposado
y galán enamorado.

LINDA: Con estos socorros vive
mi esperanza y mi deseo;
que no tiene la paciencia,
contra el rigor de la ausencia,
otras armas.

BLANCA: No te veo
alegre como solías.
Todo te cansa y da guerra.

LINDA: Con el conde a Ingalaterra
se fueron mis alegrías.
Como no has llegado a amar.
no has sabido qué es tener
tristeza, llorar, temer,
esperar, desconfiar;
y mucho más que da el dueño
de esta ausencia, en cuya calma
toda es recelos el alma,
todo es temores el sueño.
¡Ay, Blanca, qué confusiones
quien quiere ausente padece;
y qué de miedo se ofrece
a las imaginaciones
cuando discurre quien ama
de veras! ¡Ay, Blanca mía!
Ven acá. ¿El conde podría,
acaso con otra dama,
darme en el camino celos,

y en Ingalaterra, donde
las hay tan bellas?

BLANCA: El conde
tendrá los mismos desvelos
acerca de tu memoria,
o de tu olvido también,
pues te quiere el conde bien.

LINDA: Blanca, del amor la gloria
mientras la presencia falta,
tiene suspensiones todas.

BLANCA: Presto tus dichosas bodas
el temor que sobresalta
tu pecho sosegarán.

LINDA: Entretanto temo, espero,
desconfío, vivo y muero,
que es, Blanca, el conde galán,
y miro en él infinitas
partes para deseadas.

BLANCA: A las tuyas obligadas,
¿qué temores solicitas?

LINDA: Verdad es; mas puede ser,
ya que la mano le di,
que las mire el conde en mí
como de propia mujer.

BLANCA: Tiene esta regla excepción
en quien son como tu eres,
que, aunque son propias mujeres,
deidades humanas son.

Al conde le tengo yo
lástima, que irá perdido,
sin consuelo, sin sentido,
pues el bien que mereció
por dicha, se le dilata
con tanto rigor la ausencia,
valiéndose la paciencia
de una esperanza que mata
cuando comenzó el deseo
de la misma posesión;
que una infanta de León
no es tan ordinario empleo,

que la privación de aquello
 que ha de volver gozar
 no le mate hasta llegar
 a gozarlo y poseello;
 y después de poseído
 y gozado, nunca el bien,
 que es tan soberano en quien
 está pasando, es creído;
 que pasa cuando se alcanza
 con la misma posesión
 el término a la razón,
 el límite a la esperanza.

LINDA: ¡Qué bien que sabes hablar,
 sin tener, Blanca, experiencia
 en tan peligrosa ausencia!

BLANCA: Todo se viene a alcanzar
 con el humano discurso.

LINDA: Escuchar cantar quisiera,
 porque quien amando espera
 nunca tiene otro discurso.

¿Has traído el instrumento
 contigo?

BLANCA: Señora, sí;
 el instrumento está aquí;
 toma, señora, un asiento,
 y temple con más prudencia
 tu grave melancolía.

LINDA: Cántame, por vida mía,
 algunas cosas de ausencia.

Canta

BLANCA: *"Madre, aquella niña
 de los ojos lindos,
 matadores de hombres
 sin ser basiliscos.
 De su dueño ausente,
 sus ojos son ríos,
 su música endechas,*

*sus bailes suspiros.
Suspensa parece
que la han dado hechizos,
sospechas de celos,
temores y olvidos."*

LINDA: Blanca, no prosigas más,
que parece que cantando,
con los temores, hablando
de mis recelos estás
y, si como son recelos
que se dan tanto a temer,
llegasen acaso a ser,
Blanca, averiguados celos.

Pienso que el seso perdiera;
poco es al seso, la vida.
Tanto esa causa homicida
de tantos gustos hiciera
en mi pecho enamorado;
y así, desde hoy, no te asombres,
ni me lo cantes, ni nombres,
basta que me den cuidado.

BLANCA: Siempre te he de obedecer.

LINDA: ¿Quién viene?

BLANCA: Su alteza.

Sale el rey ORDOÑO

ORDOÑO: Hermana,
¿tan á solas? La quartana
de la ausencia debe ser.
¿Cómo se halla vuestra alteza
de su gran melancolía?

LINDA: Con Blanca me entretenía
cantando.

ORDOÑO: Tan gran tristeza,
sólo puede suspender
la voz de Blanca.

LINDA: Confieso

que debo infinito en eso
a Blanca.

BLANCA: Si encarecer
lo que servirte deseo
con eso intentas ahora,
toda la merced, señora,
que me estás haciendo creo.

ORDOÑO: Siempre la música ha sido,
en el amoroso asedio,
diversión, si no remedio,
porque es calma del sentido,
que ésta es la razón de haber
fingido que suspendió
al infierno cuando entró
Orfeo por su mujer.

Para encarecer así
la fuerza de la armonía
un filósofo decía
que era deidad de por sí.

Que en nuestro mundo inferior
tienen partes soberanas
y son deidades humanas
amor, música y olor.

LINDA: Si añadiera la poesía
vuestra alteza, de otros cuatro
elementos al teatro
humano adornar podía;
que a la tierra, al agua, al viento
y al fuego, los cuatro son
de tan igual proporción
como cualquier elemento.

Primeramente la tierra
imita a la poesía
en la variedad que cría,
en la hermosura que encierra.

La música al agua imita
que va con músico estruendo
dulce consonancia haciendo
cuando al mar se precipita.

Al aire toca el olor,

y la cuarta y la postrera
 del cielo, cercana esfera
 que es del fuego, es el amor,
 en cuya ardiente pasión,
 para vengar los desvelos
 de los humanos, los celos
 fieras salamandras son;
 que agua, fuego, tierra y viento
 tanto inficionando aquejan
 con su aliento que no dejan
 privilegiado elemento.

ORDOÑO: Mal encubre la experiencia
 que es esta su enfermedad.

LINDA: Diciendo estoy la verdad
 en el potro de la ausencia,
 que aunque a voces la confieso,
 después que sin él me vi,
 ya me trae fuera de mí
 como es dolencia del seso;
 aunque a veces me confía
 el mismo amor y valor
 del conde.

ORDOÑO: Siempre el temor
 ser de amor sombra porfia;
 pero para que no salga
 con la suya, es menester
 la imaginación vencer,
 y que del tiempo se valga
 divirtiendo el pensamiento
 el discursivo rigor.

Sale ORTUÑO

ORTUÑO: Aquí está el embajador
 de Castilla, con intento
 de hablarte, porque ha venido
 a la audiencia que le has dado
 para este día.

ORDOÑO: Cansado

este embajador ha sido,
 tantos desengaños viendo
 y tanta esquivez mostrando,
 en irle así dilatando
 lugar de escucharle.

ORTUÑO: Entiendo
 que con la resolución
 hoy volverse determina
 a Castilla.

LINDA: ¡Peregrina
 castellana obstinación!

ORDOÑO: Aquí quiero darle audiencia,
 porque con más brevedad,
 viendo de tu voluntad
 y la mía la experiencia,
 se canse y se desengañe
 y dé la vuelta a Castilla.
 Entre, y llegadle una silla.

Vase ORTUÑO

LINDA: Hoy para que te acompañe
 en esta audiencia me obliga
 sólo tu gusto, que estoy
 obligada al que te doy;
 porque de ver que prosiga
 este embajador grosero
 con tan cansada embajada,
 me tiene, Ordoño, cansada.

ORDOÑO: Que hoy quedes con gusto espero.

Sale el conde GARCI Fernández

GARCI: A vuestras altezas beso
 los pies.

ORDOÑO: Guárdeos Dios; tomad
 asiento y después hablad.

GARCI: Porque sé lo que intereso

en el servicio del conde
de Castilla, mi señor,
solícito embajador
parezco.

ORDOÑO: Cuando responde
de su embajada al intento
el mismo suceso, está
respondido el conde ya.

GARCI: Sólo de este casamiento
que forme quejas ahora
me manda el conde; pues viendo
la ventaja que está haciendo
a un vasallo, la señora
infanta niegas a un conde
de Castilla.

ORDOÑO: Embajador,
al mérito del valor
igual merced corresponde.
Y como yo me he preciado
de justiciero en León,
con esta satisfacción
los servicios he pagado
de un vasallo tan valiente,
demás de que su apellido
dos veces ha merecido
ser heroico descendiente
de nuestra casa real.
Esto al conde responded,
y que tengo por merced
el deseo.

LINDA: En caso igual,
también puede ser porfía.

GARCI: Con ese nombre se infaman
las finezas de los que aman
con poca dicha.

LINDA: La mía,
tan grande ha venido a ser,
que con las demás estoy
grosera.

GARCI: Corriendo voy

por los celos, hasta ver
 mil veces mi desengaño;
 y cada vez que le veo
 nace de nuevo el deseo
 y pasa adelante el daño.

Dentro

SOL: Dejádme entrar, no me impida
 de todo el mundo el rigor,
 que me va en ello el honor,
 que es mucho más que la vida.

ORDOÑO: ¿Qué es eso?

Sale ORTUÑO

ORTUÑO: Una peregrina,
 y peregrina mujer
 que contra todo el poder
 de nosotros determina
 entrarse furiosa a hablar.

ORDOÑO: Pues llega tan rigurosa,
 con razón viene quejosa,
 sin duda. Dejadla entrar.

ORTUÑO: Tanto valor ha mostrado,
 que ella se ha entrado primero.

ORDOÑO: Escuchar sus quejas quiero,
 pues hoy estoy obligado,
 como rey, por justa ley,
 a no esconder las orejas
 a la justicia y las quejas,
 o he de dejar de ser rey.

*Sale doña SOL con el cabello
 suelto*

SOL: Escúchame atentamente,

rey Ordoño de León,
a quien llama el justiciero
el hemisferio español,
si es que te precias de serlo,
o para mí faltan hoy
todas las cosas que pueden
ser, Ordoño, en mi favor,
y alcanzará la Fortuna
el imposible mayor
si a quien eres faltas tú,
porque sobre al mundo yo.
Yo soy, aunque no quisiera
después que sin honra estoy,
de don Manrique de Lara,
su heredera doña Sol.
Imagino que esto basta
para decirte quién soy;
que don Manrique en Castilla
es el último blasón.
De visitar desde Burgos
a pie, en el traje que voy,
pidiendo limosna, hice
voto al gallego patrón
desde una borrasca, adonde
golfo lanzado corrió
al mar, de una enfermedad
la vida leño veloz.
En cuya fe, como en tabla,
parece que me sacó
al puerto de la salud
esta piadosa intención.
¡Pluguiera a Dios que primero
muriera! ¡Pluguiera a Dios,
Ordoño, que hubiera estado
el cielo sordo a mi voz!
Que a veces sirve la vida,
a quien más la deseó,
de dar armas a su ofensa
y a la desdicha ocasión.
Daba la vuelta a Castilla

dando al cielo que me dió
lugar para visitar
del apóstol español
el sepulcro, inmensas gracias,
con la autoridad y honor
de criados, que importaba
a mi persona, aunque voy
a pie, y limosna pidiendo,
con esclavina y bordón,
cuando, entre el Miño y el Sil
encontré al ponerse el sol
del conde don Lisuardo
un cortesano escuadrón,
que para tratar tus bodas
iba por embajador
a Ingalaterra. Llegamos
otra compañera y yo,
doncella mía, a pedirle
limosna, que ambas a dos
íbamos del mismo modo
vestidas, con el valor,
devoción y honestidad
que pedía el ser quien soy,
mi estado, mi pensamiento
y la peregrinación.
Pero poco importa todo,
si este monstruo, este escorpión
a quien llaman hermosura
--veneno fuera mejor--
este basilisco humano,
esta esfinge que nació
para vender a su dueño
de un parto con la traición,
esta breve tiranía,
esta lisonjera flor
de la maravilla, aquesta
breve mortal ambición
para romper del respeto
los privilegios que dió
la cortesana hidalguía,

no hubiese dado ocasión.
 ¡Mal haya amigo tan falso!
 ¡mal haya bien tan traidor,
 tan villana tiranía,
 tan costosa adulación!
 El conde, al fin

LINDA: (¡Ay de mí! Aparte
 Del aire pendiente estoy.)

SOL: Al fin, el conde, resuelto
 con las alas del furor,
 libre como el apetito,
 y ciegos ambos a dos,
 si mudos para el agravio,
 sordos para la razón,
 sin discursos, sin memoria
 de que hay justicia, trazó
 la más fiera alevosía
 que usó humano corazón;
 que gustos desordenados
 de poderoso ofensor,
 atropellando a su dueño,
 corren a la posesión.
 Al fin, el conde, aquí tiemblo,
 aquí me falta la voz,
 aquí el aliento me falta

LINDA: (Y estoy sin sentido yo.) Aparte

SOL: Haciendo pasar delante
 sus criados, eligió
 cinco, que con él vinieron
 a tan infame facción,
 y con desnudas espadas
 al camino nos salió,
 con bandas, como los cinco
 cubierto el rostro traidor.
 Salteadores bien nacidos
 imaginamos que son,
 y con corteses palabras
 llevo a reportallos yo;
 cuando, descubriendo el conde
 el aleve rostro, dió

muestras de su infame intento
con ciega resolución.
Yo, con el valor de Lara,
remito altiva al bordón
la defensa de mi ofensa.
Pero ¿qué importa el valor
cuando la desdicha es más,
cuando el poder es mayor,
el apetito es campal
y está ciega la razón?
Una punta de su espada
en la frente me alcanzó,
cuando más mezclada andaba
la batalla de mi honor.
Sentí en los ojos la sangre,
y en el flaco corazón,
como, al fin, de mujer hizo,
más que la herida, el temor.
Ciega de la sangre, en tierra
el honor conmigo dio,
que siempre fue mal agüero
sangriento eclipse en el sol.
A este tiempo, entre los brazos
a recibirme llegó,
con piadosa tiranía,
con tirana presunción,
donde, haciendo a los demás
que se aparten, comenzó
a regalarme lascivo,
a enlazarse adulator.
Si con la boca me limpia
la sangre, con el dolor
fingido, lágrimas vierte,
que de cocodrilo son.
Yo, sin aliento, sin alma,
ni oigo, ni siento, ni estoy
para resistirle, y loco,
ciego y tirano intentó
mi desventura, mi infamia,
mi deshonra.

LINDA: (¡Muerta soy!) Aparte

SOL: Y como en el apetito
que no es legítimo amor
suele el arrepentimiento
seguir a la posesión;
con la misma tiranía
en el campo me dejó
llena de sangre y de afrenta,
tan desdichada, que doy
quejas al cielo de verme
con la vida en la ocasión
que pudiera ser la herida
penetrante, porque yo
con la vida juntamente
matara mi deshonor.
Pero, quedando con ella,
vengo a pedirte, señor,
justicia de aqueste agravio,
castigo de esta traición.
¡Justicia, Ordoño; justicia,
por quien eres, por quien soy,
que no es bien que falte en ti
por privanza ni pasión!
Y cuando falte, a los pies
me iré del emperador,
que tiene sobre los reyes
cesárea jurisdicción.
Y si él remiso estuviere,
me iré al papa, y cuando él no
me quisiese hacer justicia,
por eso en el cielo hay Dios.
Demás de que tengo deudos
en Castilla y en León,
que sabrán tomar las armas
en defensa de mi honor.
Que el conde Garci-Fernández,
conde en Castilla lo es hoy
tan mío, que somos hijos
de dos hermanos los dos,
y vendrá de mejor gana

a volver por mi opinión
 con las armas que a pedirte
 el caballo y el azor.
 Y cuando por desdichada
 en ninguno halle favor,
 para vengarme yo misma
 y tomar satisfacción,
 piedras pediré a la tierra,
 al mar pediré furor,
 alas al aire, y al fuego
 rayos que arrojando estoy;
 a las víboras veneno,
 a los áspides rigor,
 ojos a los basiliscos,
 al infierno obstinación.
 Y entretanto morderé
 la tierra que esto sufrió,
 como una perra con rabia,
 como una bestia feroz,
 sin osar alzar al cielo
 sino es la imaginación;
 que doña Sol afrentada
 no es justo que mire al sol.

*Arrójaseá los pies del rey ORDOÑO, y
 levántase el conde GARCI Fernández*

ORDOÑO: ¡Raro suceso!

GARCI: Hasta aquí,

Ordoño, he representado
 otra persona, llevado
 del celoso frenesí
 de un amoroso cuidado.

De ser deyo embajador
 celoso, amante y galán;
 que cesan las del amor
 cuando de por medio están
 obligaciones de honor.

Garci-Fernández, el conde

de Castilla soy, a quien
 toca este agravio, por donde
 se ha de restaurar también;
 si al conde el abismo esconde,
 que está mi sangre agraviada,
 en doña Sol y conmigo
 por mayor deuda obligada.

Y así desde luego digo,
 puesta la mano en la espada,
 que don Lisuando, el conde,
 es cobarde y es traidor,
 y a quien es no corresponde;
 y que esto hará mi valor
 verdad presto aquí y adonde
 me diere el tiempo ocasión.

Y conforme al valor mío,
 pondré con esta intención
 carteles de desafío
 en Castilla y en León,
 en Francia, en Ingalaterra,
 en Italia, en Alemania;
 sacándole, si se encierra,
 como prodigio de Hircania
 de las venas de la tierra.

De doña Sol la opinión,
 teniendo deudos tan buenos,
 verá con satisfacción,
 porque por Lara no es menos
 que una infanta de León.

ORDOÑO: Conde de Castilla, a mí
 me toca, como a su rey,
 la satisfacción, y así
 por la justicia y la ley,
 seré lo que siempre fui.

Pues me llama el justiciero
 León, con mi obligación
 cumplir como debo espero,
 cuando fuera de León
 el conde sólo heredero.

Y entretanto a Sol tendré

de la infanta en compañía,
 y su honor satisfaceré,
 como el de la hermana mía
 quede juntamente en pie,
 que, como es público, ha dado
 la mano al conde de esposa,
 que no es pequeño cuidado,
 en que el alma temerosa
 y confusa ha vacilado.

Mas todo lo facilita
 la justicia y la prudencia,
 porque el rey que a Dios imita,
 con humana providencia
 lo que importa solicita.

Este caso pide más
 atención que otro ordinario,
 que pienso que igual jamás
 se ha visto, y es necesario
 ir, conde, con el compás
 de la prudencia midiendo
 la justicia y la ocasión,
 a quien acudir pretendo
 con tanta satisfacción
 como siempre en mí están viendo.

Vos a Castilla os volved,
 conde, hasta tanto que sea
 ocasión, y agora haced
 que esto más secreto sea,
 que es hacer a Sol merced,
 hasta que el conde haya dado
 de Ingalaterra a León
 la vuelta, y perded cuidado,
 que yo tomo su opinión
 por mi cuenta.

GARCI: Confiado
 en esa palabra quiero
 a Burgos la vuelta dar,
 adonde tu gusto espero
 obedecer y esperar
 al conde.

ORDOÑO: Él es caballero
 tan valiente, que la cara,
 cuando sin rey estuviera
 y vasallo no se hallara,
 a ninguno no escondiera
 de los Manriques de Lara;
 pero las armas aquí,
 conde, no han de sentenciar
 lo que me compete a mí.

GARCI: La justicia, que en lugar
 de Dios resplandece en ti.

*Vanse el rey ORDOÑO y conde GARCI
 Fernández*

BLANCA: ¡Qué lastimoso suceso
 en tan divina belleza
 y en tal beldad!

LINDA: Dios te guarde,
 mujer, cualquiera que seas;
 retíradla.

*Vanse BLANCA y doña SOL. Sale RELOJ con
 fieltro y botas*

RELOJ: De tus bellas
 plantas los chapines beso
 y en los copos de la densa
 nieve de las blancas manos,
 pongo este pliego que espera
 porte como de una infanta
 que pretende ser condesa.

LINDA: ¿Quién eres?

RELOJ: ¿No me conoces?
 ¿Tan presto se olvidan prendas
 de lo que se quiere bien?
 ¿Posible es que no se acuerda
 de Relej, lacayo suyo,

en tres semanas de ausencia?
 ¿El que te habló a la partida
 y al que con tanta ternura
 del conde, encargaste entonces
 la brevedad a la vuelta?
 El mismo soy; aquí vengo
 en figura de estafeta
 con botas hasta las ingles
 más altas que una cuaresma
 por marzo, y Dios sabe cómo
 traigo las asentaderas,
 que dejo al conde embarcado
 en la Coruña, y con estas
 cartas me despachó, y quiere
 que al desembarcarse vuelva
 a recibirme, señora,
 de tu salud con las nuevas.
 Reloj soy; yo soy Reloj.

LINDA: Reloj: en mal hora vengas.

RELOJ: Por cierto buenas albricias
 para quién viene por ellas
 de posta en posta, sin tripas
 más de cuarenta y seis leguas.
 ¡Mal haya el hombre que fía
 después que una vez se ausenta,
 en infantas ni en rocines!

LINDA: ¡Hola! Colgad de una almena
a este villano.

RELOJ: ¿Qué dices?
 ¿Hablas de burlas ó veras?

LINDA: Presto lo verás, infame
 cómplice de mis ofensas,
 que en las cartas de ese ingrato
 me traes víboras por letras.

RELOJ: ¡Yo he llegado a muy buen tiempo
 para todas mis quimeras!
 ¡A linda ocasión, por Dios!
 Cuando pensé que me hicieran
 conde en aquesta ocasión
 por albricias de estas nuevas

hallo tantas novedades.

LINDA: ¡Hola!

Sale el rey ORDOÑO y ORTUÑO

ORDOÑO: ¿Qué voces son éstas?

¿qué tiene la infanta?

LINDA: Celos,
que es la pasión más inquieta
que priva del albedrío.

RELOJ: Yo pienso que está su alteza
de aquella cabeza loca.

LINDA: Antes, villano, estoy cuerda,
pues que sé sentir.

ORDOÑO: ¿Quién eres?

RELOJ: Un lacayo sin librea
del conde don Lisuando,
mi señor, que es la primera
vez que se ha visto en su vida
con botas y con espuelas,
que dejándole embarcado
en la Coruña, desea
dar a su alteza este pliego
y volver con la respuesta
al desembarcarse el conde;
que hallé estas puertas abiertas
y me metió el alborozo
hasta las pies de su alteza,
y cuando pensé salir
con un juro para en cuenta
de un título de vizconde,
me manda colgar.

LINDA: En esa
relación de tu camino,
¿cómo olvidas la romera
de Santiago?

RELOJ: Pues yo,
¿qué culpa tuve, o qué pena

merezco, si a mí y a Lauro,
 a Ramiro y a Fruela
 nos mandó volver con él;
 que nosotros en la empresa
 servimos de tenedor
 y él trinchó el ave?

ORDOÑO: Confiesa
 sin tormento la verdad,
 y la información comienza
 bien por esta confesión.
 Escribe, Ortún, de tu letra
 los nombres de estos criados
 del conde, y a éste le metan
 donde ninguno entretanto
 ni verle ni hablarle pueda;
 y esté todo con silencio
 esto en Palacio.

RELOJ: (¡Que venga Aparte
 a sólo esto un desdichado
 por la posta tantas leguas
 sobre navajas, en silla,
 sobre tarascas gallegas!

ORDOÑO: Llevadle.

LINDA: Guárdete el cielo
 por el socorro que intentas
 dar, Ordoño, a mis agravios.

ORDOÑO: El pecho, Linda, sosiega,
 que ha de ser tu esposo el conde
 aunque se ponga la tierra
 de por medio, y de tus celos
 las ciegas ansias desecha,
 porque con el escarmiento
 de la suma de la pena
 culpas de la mocedad
 fácilmente se descuentan.
 (Esta lisonja a la vida Aparte
 y al sexo de Linda es fuerza
 hacer con arte.)

LINDA: No mires,
 Ordoño, pues que deseas

ser católico Trajano,
 ser Numa español; las prendas
 del conde, mi amor, mis celos,
 mi vida, mi honor, la misma
 sangre que tienes, que es mía,
 si a la justicia que enseñan
 las leyes de tus pasados
 has de faltar; pues sin ella
 falta el poder al poder,
 el decoro a la vergüenza,
 el miedo a la majestad,
 el amor a la obediencia.
 Desnuda, Ordoño, el estoque
 de la justicia, no pierdas
 el nombre hasta aquí ganado.
 Muera el Conde, aunque yo muera.
 Ni la pasión te acobarde,
 ni la sangre te detenga;
 que eso es política, en fin,
 y en los reyes que gobiernan
 más importa la justicia
 y para la paz la guerra.
 Esto, Ordoño, contra sí
 una loca te aconseja,
 que de llorar, solamente
 morir le queda de cuerda;
 aunque es grande la desdicha
 que la muerte le consuela.

Vase

ORDOÑO: ¡Notable suceso ha sido!
 Síguela, Blanca.

BLANCA: ¡Qué fiera
 pasión!

ORDOÑO: Camina, lacayo.

RELOJ: ¡Oh, mal haya la romera,
 que siendo ella la gozada
 padece Reloj la fuerza!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen doña BLANCA y ORDOÑO

ORDOÑO: ¡Blanca!

BLANCA: ¡Señor!

ORDOÑO: ¿Cómo está
la infanta?

BLANCA: Tanto mejor,
cuanto el agravio al dolor
dando desengaños va;
porque ella la misma ha sido
en tan ciego pensamiento
causa de su sentimiento,
es de volverla el sentido;
que estando la ofensa en medio
en una honrada mujer,
una propia viene a ser
la enfermedad y el remedio.

ORDOÑO: Bien dices, que en el amor
lo que el tiempo no ha podido,
agravios con el olvido
curan de celos mejor.

Hoy llega el conde, en efeto.

BLANCA: Que temo de la presencia
nueva celosa dolencia;
y como amor, es efeto,
de los ojos con los ojos
se aumentan, justos o injustos,
los agravios y los gustos
las glorias y los enojos.

ORDOÑO: Bien ha menester más vidas,
sobre su rigor mirando,

a quien están esperando
dos mujeres ofendidas.

El cielo me inspire el modo
de suerte que, por codicia,
ni pasión, a la justicia,
no falte, que es faltar todo
el bien de un reino sin vella.

BLANCA: Quien en tan floridos años
con tan altos desengaños
ha merecido por ella
el nombre que le da España,
demás del mucho valor
de sus aciertos, señor,
la experiencia desengaña.

ORDOÑO: Siempre he de ser el que fui.

BLANCA: Su alteza viene, señor.

Sale la infanta LINDA

ORDOÑO: La causa de su dolor
me tiene, Blanca, sin mí,
cuando la pena la tiene
con sentimiento tan grande.
Hermana.

LINDA: Ya a que la mande
vuestra alteza, Linda viene.

ORDOÑO: Favores son que me hacéis.
¿Cómo estáis?

LINDA: Mucho mejor;
porque descuento el amor
en los agravios que veis.

ORDOÑO: ¿Qué ha sido la novedad
de la gala?

LINDA: Venir hoy
el conde y ser yo quien soy,
y ya que a la voluntad
no le debo esta alegría,
a la obligación responde
de la venida del conde

por precisa deuda mía;
 pues hasta agora no puedo
 negar que el conde es mi esposo,
 y entretanto esto es forzoso.

ORDOÑO: Admirado, Linda, quedo
 de tu raro entendimiento.

LINDA: ¡Pluguiera al cielo que fuera
 menos, porque no supiera
 tener tanto sentimiento!

Sale ORTUÑO

ORDOÑO: ¿Qué hay de nuevo, Ortún?

ORTUÑO: Señor,
 nuevas de que llegará
 muy presto el conde, que ya
 para prevenir mejor
 su entrada, en la sala adonde
 le has de dar pública audiencia,
 con peregrina advertencia
 que a tu ingenio corresponde.
 Del conde un criado está
 una cortina poniendo
 debajo la cual entiendo
 que con propósito va
 de poner de Margarita
 el retrato hermoso y grave,
 porque en el punto que acabe
 la relación, solicita
 enseñártele con toda
 aquesta veneración,
 como a reina de León.
 Al fin tu dichosa boda
 llegue, señor, para bien
 de tus reinos.

ORDOÑO: Dios te guarde,
 Ortún.

LINDA: Aunque llegan tarde
 mis albricias para quien

tan buenas nuevas ha dado,
en todo son de estimar.

ORDOÑO: ¡Qué valor quiere mostrar!

LINDA: Toma, y llámame al criado,
por que también se las dé.

Le da una sortija

ORTUÑO: ¡Vivas más años que el sol,
milagro hermoso español!

ORDOÑO: Ortún, escucha.

Hablan aparte

BLANCA: No sé
si a tan bizarro valor
ninguno se ha de igualar.

ORDOÑO: Esto se ha de hacer sin dar
sospechas de mi rigor,
que es importante el secreto,
como también el cuidado.
Advierte, Ortún, si el criado
está en la lista.

ORTUÑO: A este efeto
te entré a hablar; en ella está.

ORDOÑO: Pues hazle prender.

ORTUÑO: Yo voy.

LINDA: Hoy nombre a tu nombre doy
con el que valor me da
pues que te ayudo con él
a la justicia. Ésa es sola.

ORDOÑO: ¡Fénix divina española;
el oro, el bronce, el laurel
digno es de escribir tu nombre
solamente!

LINDA: Y del divino
tuyo solamente dino
porque la tierra se asombre.

Sale LAURO de camino

LAURO: De vuestra alteza, señor,

 [-or]
 beso los pies, y los vuestros,
 señora, pido, también,
 añadiendo el parabién
 de los que lo han de ser nuestros,
 pues llega tan presto el conde
 a gozar el bien que aguarda.

LINDA: Siempre para el alma tarda.

LAURO: Justamente corresponde,
 señora, tan gran fineza
 a la fe, al notable amor
 con que el conde, mi señor,
 idolatra a vuestra alteza;
 aunque ha estado con cuidado
 de haber visto, y con razón,
 que a su desembarcación
 las cartas le hayan faltado.

LINDA: Falta de salud ha sido.
 Toma, aunque merecen más,
 estas nuevas que me das.

Dale una sortija

LAURO: Guarde, a pesar del olvido
 el tiempo, tus verdes años.

LINDA: Inmortal debo de ser,
 pues no han tenido poder
 en mí algunos desengaños
 para matarme.

LAURO: (Recelo Aparte
 que habla Linda sospechosa.)

LINDA: Margarita, ¿es muy hermosa?

LAURO: Las dos sois soles del suelo.
 Su beldad es peregrina;
 en la copia podéis ver
 que yo he venido a poner
 debajo de una cortina,
 en la sala en que su alteza
 al conde audiencia ha de dar,
 cuando le llegue a besar
 la mano.

LINDA: Tanta belleza
 merece este aplauso todo.

ORTUÑO: El conde ha llegado ya
 a palacio.

A LAURO

ORDOÑO: Ven acá.
 ¿Cómo te llamas?

LINDA: (De modo Aparte
 la nueva me ha alborotado,
 que estoy sin mí de alegría;
 tanto en la fe pueden mía
 las reliquias que han quedado.)

ORTUÑO: Lauro es el último aquí
 de la lista.

ORDOÑO: Ellos vinieron
 como más menester fueron.
 Prended a Lauro.

LAURO: ¡Ay de mí!

ORDOÑO: Delitos del conde son
 en que eres cómplice.

LAURO: ¡Ah, cielo!
 No fue vano mi recelo.
 Señora...

LINDA: En esta ocasión
 no te he de poder valer.
 Llevadle preso.

LAURO: (Sin duda Aparte
 que contra el conde se muda

de la Fortuna el poder.)

Llévanle

ORTUÑO: Pienso que el conde está aquí.

ORDOÑO: Sillas; y despeje, Ortún,
toda la gente común
que hubiere, y al conde di
adonde está la cortina.

ORTUÑO. A advertirle al conde voy.

LINDA: (¡Con qué sobresalto estoy!) Aparte

BLANCA: (Tiene fuerza peregrina Aparte
Amor, aunque esté ofendido.)

Sale el conde LISUARDO

LISUARDO: Dadme a besar vuestros pies.

LINDA: (¡Ay, alma! ¿Qué es lo que ves?) Aparte

ORDOÑO: Seáis, conde, bien venido.
¿Cómo venís? Levantad.

LISUARDO: Deseando, por los vientos,
llegar con los pensamientos
a los de la voluntad.

La infanta LINDA habla aparte a BLANCA

LINDA: ¡Ay, Blanca! Viendo presente
al conde, con el rigor
de la ofensa y del amor
tiemblo y ardo juntamente.

Mirándole estoy mortal.

¿Posible es que es éste a quien
yo llegué a querer tan bien
y me ha pagado tan mal?

BLANCA: Señora, en esta ocasión
más valor has de tener.

LINDA: Forzoso, Blanca, ha de ser.

LISUARDO: Escuchad la relación.

Luego que con tú estandarte
los cuatro marinos montes,
que al mar les diese obligaron
campo de cristal salobre,
prósperamente a tu fama,
lisonjero al viento entonces
de la Coruña a Piemúa
en breve tiempo nos pone.
Apenas sobre la espuma
nos descubrieron las torres,
cuando intentaron juntar
dos elementos conformes;
porque los alegres fuegos
fueron tan grandes, que sobre
el agua su ardiente esfera
paces juró aquella noche.
Aquí pasé algunos días
de Enrique esperando el orden,
con la cual, desde este puerto,
partí a la corte de Londres.
Honró mi recibimiento,
dando grandeza a la corte,
su príncipe Fedüardo
con los ingleses conformes.
Vine a apearne a palacio
con todo este aplauso, adonde
los reyes nos esperaban
en los mismos corredores.
Llegué a besarles las manos,
y al mismo tiempo se opone
a escurecer Margarita
los reales esplendores.
Besé su mano, y hallé
más cristal que vale el orbe;
y entre rayos de oro y nácar
prodigios de nieve y flores.
Levantóme con los brazos
de la tierra, y preguntóme

por tu salud, juntamente
con la de Linda, que gocen
largos años estos reinos,
y a los reyes que nos oyen,
y que me esperaban, vuelvo
y tus cartas doy entonces.
Leyéronlas, y contentos,
con un sarao me responden
dónde la beldad inglesa
dió hermosas adoraciones.
Aposentáronme dentro
de palacio, haciendo pobres
las grandezas de Alejandro
con varias ostentaciones.
Y después de algunos días
que conferimos la dote,
se firmaron los conciertos
de las capitulaciones,
y, remitiendo a las cartas
lo demás, partí de Londres
para embarcarme a Plemúa,
que estaba dándome voces.
el deseo de llegar
a ver a Linda, que logren
mis esperanzas ausentes
el fruto de sus amores.
Y para hacerte lisonja,
a la partida el rey díome
de Margarita un retrato
a su estatura conforme.
Debajo de esta cortina
que te descubro se esconde;
su gentileza te admire
y su hermosura te asombre.

*Corre la cortina, y está debajo doña
SOL, de peregrina*

ORDOÑO: ¿Es ése, conde, el retrato?

LISUARDO: Señora, esposa, mi bien,
 si de vos no se socorre
 mi esperanza, estoy perdido.
 Hablad al rey, no se enoje
 sin escucharme.

LINDA: No sé
 quién eres, que vienes, conde,
 tan diferente, que aun tú
 pienso, que no te conoces.
 El rey ha de hacer justicia,
 que son sus obligaciones;
 remédiate el cielo.

Vase la infanta LINDA

LISUARDO: Blanca,
 sigue a la infanta; y pues oye
 lo que la dices tan bien,
 con palabras, con razones
 encarecidas disculpa
 sus celos, no la apasionen
 tan a su costa, pues sabe
 que son de la edad errores,
 y con halagos al rey,
 como puede, desenoje,
 porque le temo indignado;
 así dulcemente logres
 tus esperanzas, así
 tengas...

BLANCA: No me atrevo, conde,
 a hablar en ello a la infanta,
 ni ella al rey, porque conoce
 la condición de su hermano.
 Busca otros medios que importen.

Vase doña BLANCA

LISUARDO: ¿Hay hombre más desdichado?
 Sol, templad los arreboles

y serenad los celajes
 que vuestros rayos esconden.
 Medie el rey por ti mi culpa,
 no pido que la perdones,
 que yerros de amor no es mucho
 que tu misma luz los dore.
 Yo quiero ser tu marido
 si de mi mano depone
 la acción que tiene la infanta,
 y esclavo tuyo. Disponte
 a hablar al rey, porque falto
 de su gracia, no sé dónde
 tengo segura la vida.
 ¿Qué dices? ¿Qué me respondes?

SOL: Que el rey sabe lo que debe
 hacer en esto, conforme
 al blasón de la justicia
 que mantiene y que dispone.
 y que cuando correr vea
 tu alevosa sangre, adonde
 un verdugo la cabeza
 de tu vil garganta corte,
 no me hartaré de beberla;
 que de la venganza, conde,
 ha de quedar más sedienta
 mi hidrónica sed entonces.

Quiere irse y la detiene

LISUARDO: Espera, Sol, no te ausentes
 de mí, que no soy la noche
 de Noruega, aunque estoy puesto
 de tus desdenes al norte.

SOL: ¡Ah, sirena, no me encantes!
 ¡Aspid libio, no me toques!
 ¡Basilisco, no me mires!
 ¡Cocodrilo, no me llores!

Vase

LISUARDO: Echó la Fortuna el sello
a mi desdicha.

Salen ORTUÑO y la guarda

ORTUÑO: Daos, conde,
a prisión.

LISUARDO: Ortún, ¿qué dices?

ORTUÑO: Que vengo, conde, con orden
de llevaros preso. Dad
la espada, y paciencia.

LISUARDO: ¿A un hombre
como yo, Ortún, se le pide
la espada? ¿A un hombre que sobre
la luna y el sol ha puesto
con tantos hechos su nombre
y el de su rey, manda el rey
dar la espada, cuyo corte
tanto católico acero
y africano reconoce?
¡Vive Dios!

ORTUÑO: Conde, estas cosas
no se negocian con voces.
Vasallo de Ordoño sois,
y es de vasallos traidores
no obedecer a sus reyes
y a los que los reyes ponen
en su lugar. A esto vengo,
representando su nombre.
Obedecedle, o mirad
que vienen doscientos hombres
hijosdalgo y caballeros
conmigo, con orden, conde,
de mataros, si intentáis
defenderos. No provoque
vuestra cólera la ira,
en tan fuertes ocasiones,

del rey y de los que vienen
a vuestra prisión.

LISUARDO: Bajóme
la Fortuna hasta el abismo
de las desdichas, que corren
conmigo tormentas. Ortún,
sobre mi cabeza pone
mi lealtad la orden del rey;
toma la espada y no tomes
ocasión para decir
que no soy leal.

ORTUÑO: Es, conde,
ésa, la mayor cordura
y el mayor valor.

LISUARDO: Valores
contra los reyes, no sirven
de más que de agravios. ¿Dónde,
si es lícito el preguntarlo,
Ortún, voy preso?

ORTUÑO: A las torres
de palacio.

LISUARDO: Vamos, pues;
que no es bien que me congojen
prisiones, pues las desdichas
se hicieron para los hombres.

Vanse. Salen XIMENO y el con GARCI Fernández

GARCI: ¿Y sabe el rey que he llegado?

XIMENO: Y llegas, conde, a León,
a tan famosa ocasión,
que hoy dicen que acompañado
de sus jueces, adonde
está su real consejo,
siendo de otro Numa espejo
asiste al pleito del conde.

GARCI: El nombre de justiciero
le conviene conservar
si quiere Ordoño reinar;

si no, el castellano acero
 verá en su vega desnudo,
 y el Ezla argentar las manos
 de los fuertes castellanos.

XIMENO: De su prudencia no dudo
 que sabrá Ordoño acudir
 a darte satisfacción.

GARCI: O será Troya León;
 que no se ha de persuadir
 el conde don Lisuado,
 que menos que con la vida
 satisface la ofendida
 sangre de Lara.

XIMENO: Gallardo
 dicen que es el conde.

GARCI: Sí,
 y valiente caballero,
 que, aunque enemigo, a su acero
 no niego el valor que vi
 cuando cercando a León
 sobre el feudo de Castilla
 la castellana cuchilla
 temió el sol.

XIMENO: Tienes razón;
 que igualó a Marte ese día.

GARCI: Pero con esto ha borrado
 cuanta opinión ha ganado;
 que es vileza y cobardía
 que contradice al valor
 ofender a una mujer,
 y más tan noble.

XIMENO: Al poder,
 a la fuerza del Amor,
 no hay valor, razón ni ley,
 porque su furia amenaza
 hasta lo invencible.

Dentro

VOCES: ¡Plaza!

GARCI: Debe de salir el rey.

*Salen el rey ORDOÑO con memoriales,
ORTUÑO y acompañamiento*

ORTUÑO: Todo el consejo te espera,
y no ha quedado en León
letrado en esta ocasión
a quien la fama venera
que no asista en los estrados
en la defensa y ofensa
del conde.

ORDOÑO: Poca defensa,
casos tan averiguados
pueden tener.

ORTUÑO: Aquí está
Garcí-Fernández, el conde
de Castilla.

ORDOÑO: Y corresponde
al valor que tiene.

GARCI: Y ya
a besar tus manos llega.

ORDOÑO: Y yo con los brazos, primo,
tantas mercedes estimo;
que cuando más en la vega
de León armado os vi,
jamás, el cielo es testigo,
que de pariente y amigo
la inclinación os perdí.

GARCI: La misma, Ordoño valiente,
debe al conde de Castilla
vuestra alteza.

ORDOÑO: La cuchilla
desnuda y resplandeciente
de mi justicia real
verán hoy, como primero,
ayudando a Sol, y espero
hacer mi nombre inmortal.

GARCI: La fama, Ordoño, que en esta
edad habéis alcanzado,
en caso tan intrincado
nos promete y manifiesta
que ha de tener el suceso,
que a todos nos esté bien.

ORDOÑO: Hoy quiero, conde, también,
que a ver del conde el proceso
asistáis junto conmigo.

GARCI: Sois de la justicia espejo.

ORDOÑO: Venid, que me está el consejo
esperando, conde amigo.

*Vanse. Sale el conde don LISUARDO con
cadena*

LISUARDO: Desdichas, ¿qué me queréis?
¿Qué pretendéis de mí, agravios?
No me persigáis, memorias;
dejadme morir, cuidados.
¿Qué infierno es este que miro
adonde ya, por extraño
y forastero del mundo,
los rayos del sol no alcanzo,
si no son los de las iras
de otro Sol menos avaro,
en correr los paralelos
de las fortunas que paso?
Mas, en parte--¡oh Sol hermoso!--
muero contento, pensando
que gozando a Sol, di al sol
celos y envidia a sus rayos.
Y si tu desdén supiera
cuánto más me ha enamorado
la posesión, podría ser
que te obligara el milagro.

Tocan dentro una guitarra

Si no me engaño, imagino
 que un instrumento han tocado;
 músicos deben de ser
 del terrero de Palacio,
 que, al silencio de la noche,
 fía sus ansias cantando
 algún amante. A tocar vuelven,
 ¡qué ocioso cuidado!

Cantan dentro

VOCES: *"Preso tienen al buen conde,
 al conde don Lisuardo,
 porque forzó una romera
 camino de Santiago.
 La romera es de linaje;
 ante el rey se ha querellado,
 mándale prender el rey
 sin escuchar su descargo."*

LISUARDO: ¿Tan públicamente cantan
 mi desdicha? ¡Extraño caso!
 Quiero escuchar, que imagino
 que prosiguen con el canto.

Cantan

VOCES: *"La prisión que le da el rey
 son las torres de palacio,
 que compiten con el cielo
 y confinan con sus cuartos.
 Las guardas que el conde tiene
 todos eran hijosdalgo;
 treinta le guardan de día
 y de noche treinta y cuatro.
 Ya levantan para el conde
 en la plaza su cadahalso,*

*y para los delincuentes
hay dos horcas a los lados."*

*Asómase RELOJ a lo más alto, preso con
un tocada en cuerpo*

RELOJ: Cante otra vez, ruego a Dios,
en galeras el bellaco
que la historia gargantea
del conde don Lisuando,
por lo que me toca a mí,
que soy su menor criado,
por las nuevas de las horcas
y albricias de cadahalso.
¡Quién pudiera desde aquí,
músico de los diablos,
tirarte una almena!

LISUARDO: ¡Ah, cielos!

RELOJ: Aquí abajo se han quejado.
¿Si fue del conde el suspiro,
que, según lo que han cantado,
debe de estar preso aquí?
Quiero saberlo. ¿Ah de abajo?

LISUARDO: Pienso que de las almenas
de este homenaje llamaron.

RELOJ: ¿Conde, mi señor?

LISUARDO: ¿Quién es?

RELOJ: ¿Quién en este campanario
puede estar, que no sea tordo
o reloj?

LISUARDO: Reloj, hermano.
¿Ahí estás preso?

RELOJ: Señor,
dos meses ha que aquí paso,
con arañas y ratones
notables casos y es harto
tener narices y orejas
a las horas que te hablo.
¿Qué hay del mundo por allá?

Que hasta agora que he escuchado
tu suceso infausto y triste
cantar a este mentecato
músico de Bercebú,
que otra vez cante a Pilatos,
no supe que estabas preso
en las torres de Palacio.

LISUARDO: Apenas a ver el cielo
a esta plaza de armas salgo
esta noche, cuando escucho
también de mi muerte el cuándo.

RELOJ: También me ha cabido
a mí un poco de horca; no vamos
muy lejos uno de otro;
pero yo estoy consolado
con que, en efecto, con esta
postrera carta de pago
han acabado conmigo
alguaciles y escribanos.
Que salir del susodicho,
no será el menor descanso
que puede alcanzar con Dios
un delincuente lacayo.
Que me he visto en las parrillas
de un potro, pasando el trago
más agrio que pasar puede
un cómplice sagitario;
que, a no valerme la lengua,
hoy era, por mis pecados,
cecina de la justicia.

LISUARDO: ¿Cómo?

RELOJ: Confesé de plano.

LISUARDO: No esperé menos de ti.

RELOJ: Ni yo.

LISUARDO: En efeto, villano.

RELOJ: Luego vi, en siendo Reloj,
que habían de hacerme cuartos,
aunque me importa primero,
no estando desde tan alto,
si es posible hacer contigo

de mi conciencia un descargo.

LISUARDO: Pues descuélgate si puedes
a esta plaza de armas.

RELOJ: Tanto
lo deseo, que he de hacer
escala de los pedazos
de dos mantas, donde he sido
siete durmiente empanado.

LISUARDO: La traza mejor elige,
y baja, Reloj.

RELOJ: Ya bajo,
aunque al turco se lo usurpe.

Vase

LISUARDO: Cuanto por mí está pasando
parece sueño. ¿Si estoy
despierto, si durmiendo acaso?
Durmiendo debo de estar,
aunque yo sé que me engaño,
porque solamente sueña
la desdicha un desdichado.

Sale RELOJ

RELOJ: Gracias al cielo que llego
a verte.

LISUARDO: Dame los brazos,
que estoy alegre de verte,
puesto que me has condenado.

RELOJ: Confieso, conde, que soy
para tormentos muy flaco,
y que jamás en mi vida
de robusto me hepreciado.
Pero ya que nací al mundo
con estrella de ahorcado,
un escrúpulo en tu amor
te he de revelar.

LISUARDO: Di.

RELOJ: Cuando
 te partiste de León
 a Ingalaterra, me echaron
 para ti, desde unas tejas,
 de las bellísimas manos
 de Linda, una banda verde,
 de cuya ocasión gozando
 un hidalgo forastero,
 que en lo soberbio y bizarro,
 en lo atrevido, en lo airoso
 me pareció castellano,
 me la arrebató en el viento,
 diciéndome que a mi amo
 le dijese cómo un hombre
 de más valor, de más altos
 merecimientos y prendas,
 celoso y enamorado
 me la quitaba, y que aquellos
 favores tan soberanos
 merecerlos no podía
 un caballero, un vasallo
 como tú, menos que siendo
 monarca, como Alejandro,
 del mundo, o Garci-Fernández,
 conde de Castilla.

LISUARDO: ¡Extraño
 suceso! ¿Hay más?

RELOJ: Más.

LISUARDO: ¿Qué más?

RELOJ: ¿Qué más? Que yo di dos pasos,
 y, requiriendo la espada,
 puesta en el puño la mano,
 le advertí que le dejaba
 con ella, y me fui, callando
 hasta agora, por no darte
 pesadumbre, y procurando
 satisfacer mi conciencia,
 te lo digo al postrer paso.

LISUARDO: ¡A buen tiempo, vive Dios,
 que estoy por darte, villano!

RELOJ: ¿De qué te enojas? ¿Habías,
yendo entonces caminando,
de matarle por poderes?

LISUARDO: No; mas pudiera el agravio
a León volverme entonces;
que las señas que me has dado
de Garci-Fernández son,
conde de Castilla, bravo
pretendiente de la infanta,
que celoso y despechado
quiso empeñarme con esa
bizarría.

RELOJ: Es temerario;
un jayán me pareció.

LISUARDO: Es siempre el miedo muy alto.

RELOJ: Pienso que agora han abierto
una puerta, y siento pasos.

LISUARDO: Los de mi muerte serán,
pues que la estoy esperando.
¿Qué es eso?

*Sale BLANCA con una vela y la infanta LINDA con una
llave*

LINDA: Conde, yo soy;
no os turbéis, que vengo a daros
la vida por esta puerta
que he abierto ahora en el cuarto
del rey mi hermano, con esta
llave maestra. He intentado
que me debáis por postrero
bien el de la vida.

LISUARDO: Tanto
os debo, que no imagino
con muchas poder pagaros.

LINDA: Dejando a una parte ahora
las ceremonias, mi hermano,
con todo el real consejo,

a muerte os ha condenado,
 que puesto que los jueces
 y todos cuantos letrados
 tiene León, se conforman
 en que pudierais casaros
 con Sol, porque las palabras
 que nos dimos, y las manos
 fueron de tiempo futuro
 y sirvieron de un contrato
 no más, por sólo el decoro
 que se debe al soberano
 nombre de hermana de un rey,
 manda por razón de estado
 que muráis, satisfaciendo
 también con esto al agravio
 de doña Sol; no esperéis
 más, que amanece y los rayos
 del sol pueden ser espías
 del que dejáis agraviado.
 Esa pesada cadena
 recoged entre los brazos
 y caminad, que en el parque
 hallaréis, conde, un caballo
 que, corriendo, con el viento
 compita para escaparos.
 Sueldo os dará el cordobés
 rey o el moro sevillano
 con que paséis, y adiós, conde.

LISUARDO: Dadme a besar esas manos.

LINDA: Conde, esto basta; partíos,
 que la piedad me ha obligado
 de haber llegado a tener
 nombre de vuestra.

LISUARDO: Yo parto
 sin alma a escapar la vida.

LINDA: Hasta salir de palacio
 tendréis quien os guíe, adiós.

LISUARDO: Adiós.

RELOJ: Yo sigo tus pasos
 y azoto las ancas, conde,

de ese hipógrifo, pues hago
de motilón delincuente
la figura.

LISUARDO: Reloj, vamos.

Vanse. Salen PELAYO y BERMUDO

PELAYO: Tanto al decoro del rey
se debe, que declarando
que el de la infanta no ha sido
matrimonio, han sentenciado
a muerte al conde, y levantan
en la plaza el cadahalso.

BERMUDO: No puede haber sucedido
jamás tan notable caso.

PELAYO: Con esto queda también
satisfecho el agraviado
honor de Sol, la opinión
de Ordoño inmortalizando.

BERMUDO: Espectáculo espantoso
ha de ser.

PELAYO: ¡Qué alborotado
por el caso está León!
Y es tan general el llanto
de los hombres y mujeres,
que en el lamentable aplauso
se conoce lo que quieren
al conde don Lisuando.

BERMUDO: Era de todos bien quisto
por valiente y cortesano.

Cajas

Pero ¿qué cajas son esas?

PELAYO: Corriendo va el vulgo vario
de la ciudad a los muros.

Sale FÁVILA

BERMUDO: FÁVILA: ¿qué es esto?

FÁVILA: Un raro
suceso.

BERMUDO: ¿Cómo?

FÁVILA: Escuchad.

A notificar entrando,
a don Lisuando, el conde,
la sentencia el secretario,
alborotado volvió,
al rey de no haberle hallado
en la prisión, sin saber
quién pudo ponerle en salvo.
Garci Fernández, el conde
de Castilla, imaginando
que de la infanta o del rey
ha sido caso pensado,
en la vega de León,
con cuatro mil castellanos
que trujo para este efecto
de escolta en abierto campo,
desafió al rey y a todos
cuantos en aqueste caso
han intervenido, deudos
y amigos del conde, estando
de sol a sol en la Vega.
Después de haberle retado
de cobarde, si no acude
en aqueste mismo plazo
a volver por su opinión
el conde don Lisuando.
Pienso que Ordoño, sin duda,
pues es su igual, saldrá al campo
con el conde de Castilla,
porque tiene de bizarro
y de valeroso Ordoño
en las ocasiones, tanto,
como de rey justiciero.

PELAYO: A ver este asombro vamos.

Toquen. Salen XIMENO, con bastón, y luego el conde GARCI Fernández, armado, y por otra parte ORDOÑO armado y ORTUÑO con bastón. Doña SOL armada, y por otra puerta la infanta LINDA, armada, con la banda verde por el rostro, y doña SOL con otra, y, BLANCA y URRACA con bastones

ORDOÑO: Conde de Castilla, ya tienes a Ordoño en el campo, que no es la primera vez que en él me ve el sol amado. Bien sabe el cielo que estoy libre de lo que imputando me estás sin razón; mas debo salir, conde, como salgo, a tu desafío, viendo que eres mi igual; aquí estamos. Resuélvete, que en la espada la mano puesta te aguardo.

GARCI: Ordoño, ya ves que estoy en la defensa empeñado de doña Sol, y no puedo volver a Burgos dejando sin satisfacer su honor; y el conde don Lisuando faltando, es razón que tú me des, Ordoño, en tal caso, por él la satisfacción.

SOL: Y yo también a tu lado, conde, con aquel valor que tengo de Lara, aguardo a la Infanta de León; porque no hay duda que ha dado ella libertad al conde, a costa de mis agravios, y así la reto y la obligo, viéndome armada en el campo, que salga a satisfacerme

con las armas en la mano.

BLANCA: Doña Sol, a responderte
dos damas de su palacio
por Linda vienen. Espera
que el rey y el conde hagan campo,
que luego vernos podrás
a las dos aquí.

ORDOÑO: ¿Qué estamos
esperando?

GARCI: Que nos partan
el campo y el sol.

ORDOÑO: Ya tasco
espuma y cólera, como
suele el andaluz caballo,
cuando escucha la trompeta
por ver los aceros blancos
dando reflejos al día,
y apurándole al sol rayos.

*Sale don LISUARDO armado, y RELOJ con
bastón*

LISUARDO: Aguarda, Garci-Fernández,
que ya va don Lisuado,
y el sol, conde de Castilla,
aún no ha llegado al ocaso.

GARCI: ¡Notable valor!

LISUARDO: Aquí
me tienes ya, castellano;
que el valor más que el peligro
conmigo ha podido tanto
que, habiéndome dado Linda,
por una puerta del cuarto
de Ordoño libertad hoy
con piadoso pecho humano,
y sabiendo en el camino
que me retabas llamando
a mi rey a desafío,
venciendo por el agravio

con el honor el temor
 de la muerte, desarmando
 un soldado de los tuyos
 que hallé en el Ezla apartado
 de su cuartel, me presento
 antes que se haya ausentado
 el sol a volver por mí,
 como quien soy, disculpando
 a mi rey, y juntamente
 a cobrar determinado
 vengo una banda qué tienes
 contra mi gusto, pensando
 que era tan sufrido yo
 como he sido desdichado.

GARCI: Soberbio vienes.

LISUÁRD. Resuelto
 dirás mejor.

GARCI: Tan bizarro
 no te imaginé jamás.

LISUARDO: Pues has estado engañado;
 que esto que ves es lo menos
 que parezco.

GARCI: ¿Qué aguardamos
 a palabras si hay aceros?

LISUARDO: Eso es lo mismo que aguardo.

LINDA: Deteneos, y pues es
 aquestra banda que traigo
 por los ojos la que dice,
 quiero volverla a su mano
 del conde, con esta mía
 de esposa, porque en el campo
 defenderla mejor pueda
 del conde don Lisuando;
 que pues está declarada
 la nulidad y han estado
 prendas mías en poder
 del de Castilla esperando
 esta elección, lo que he hecho
 será al gusto de mi hermano,
 que si repara en que di

la mano a don Lisuando,
 para besar cada día
 la doy a cualquier vasallo.
 Acuda a su obligación,
 como es razón, entretanto
 que del conde de Castilla
 soy mujer.

GARCI: Yo soy tu esclavo.

LISUARDO: Yo, hermosa Sol, si merezco
 la tuya, digo otro tanto.

SOL: Tuya soy.

ORDOÑO: Heroicamente,
 Linda, el pleito has sentenciado;
 dadme, conde de Castilla,
 los brazos.

GARCI: Siempre mis brazos
 han de estar a tu servicio
 con eterna amistad.

LISUARDO: Danos
 tus manos a mí y a Sol.

ORDOÑO: Quiero también abrazaros.

RELOJ: ¿No sobraré para mi
 algún codo de un abrazo,
 pues soy de los delincuentes
 que se han vuelto a Dios?

ORDOÑO: A Lauro,
 a Ramiro y a Fruela,
 que están en esto culpados,
 haré contigo merced.

RELOJ: Vivas tres hanegas de años.

ORDOÑO: Vamos a León.

LISUARDO: Con esto
 da fin, dichoso senado,
 para fines más dichosos
 la romera de Santiago.

FIN DE LA COMEDIA